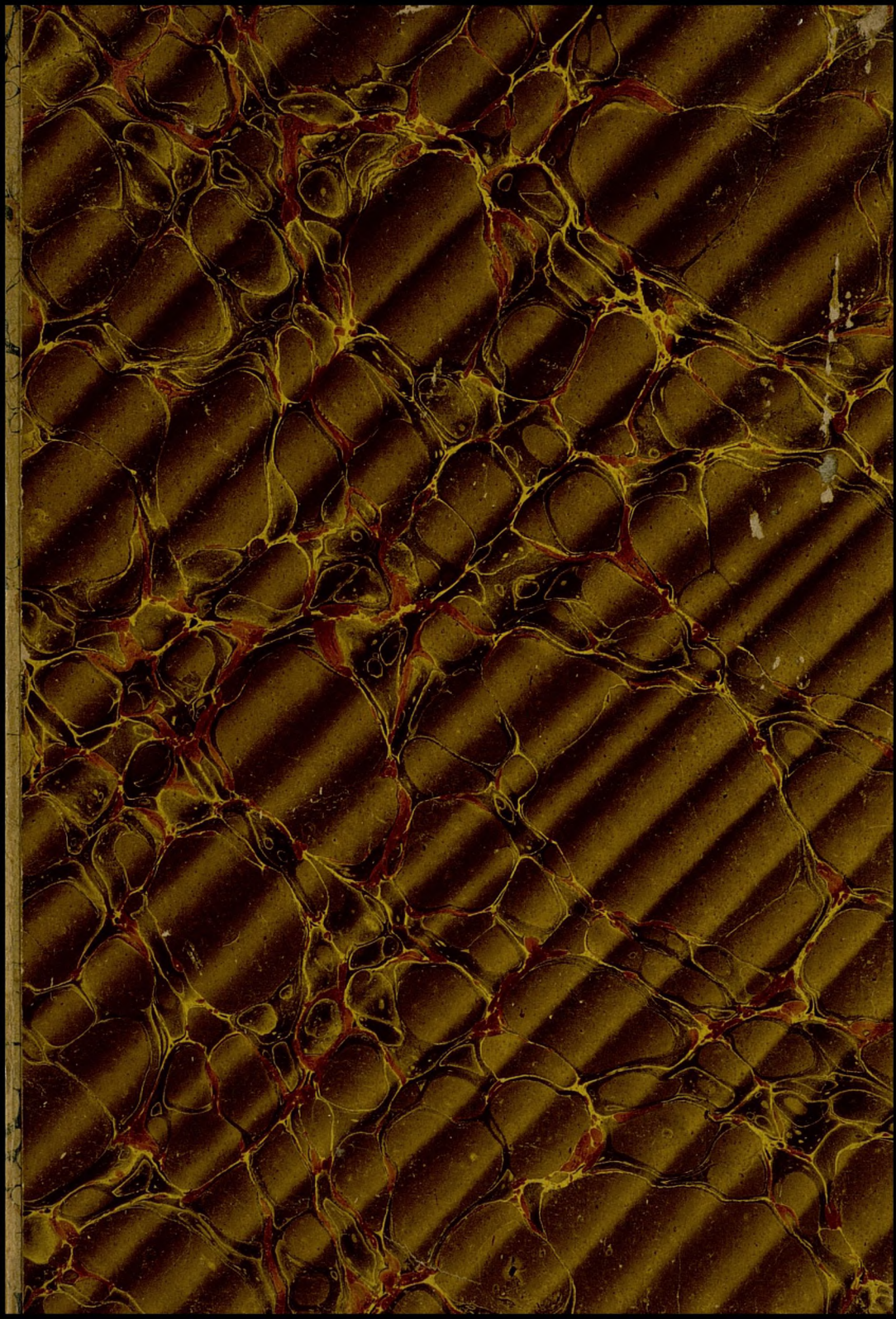
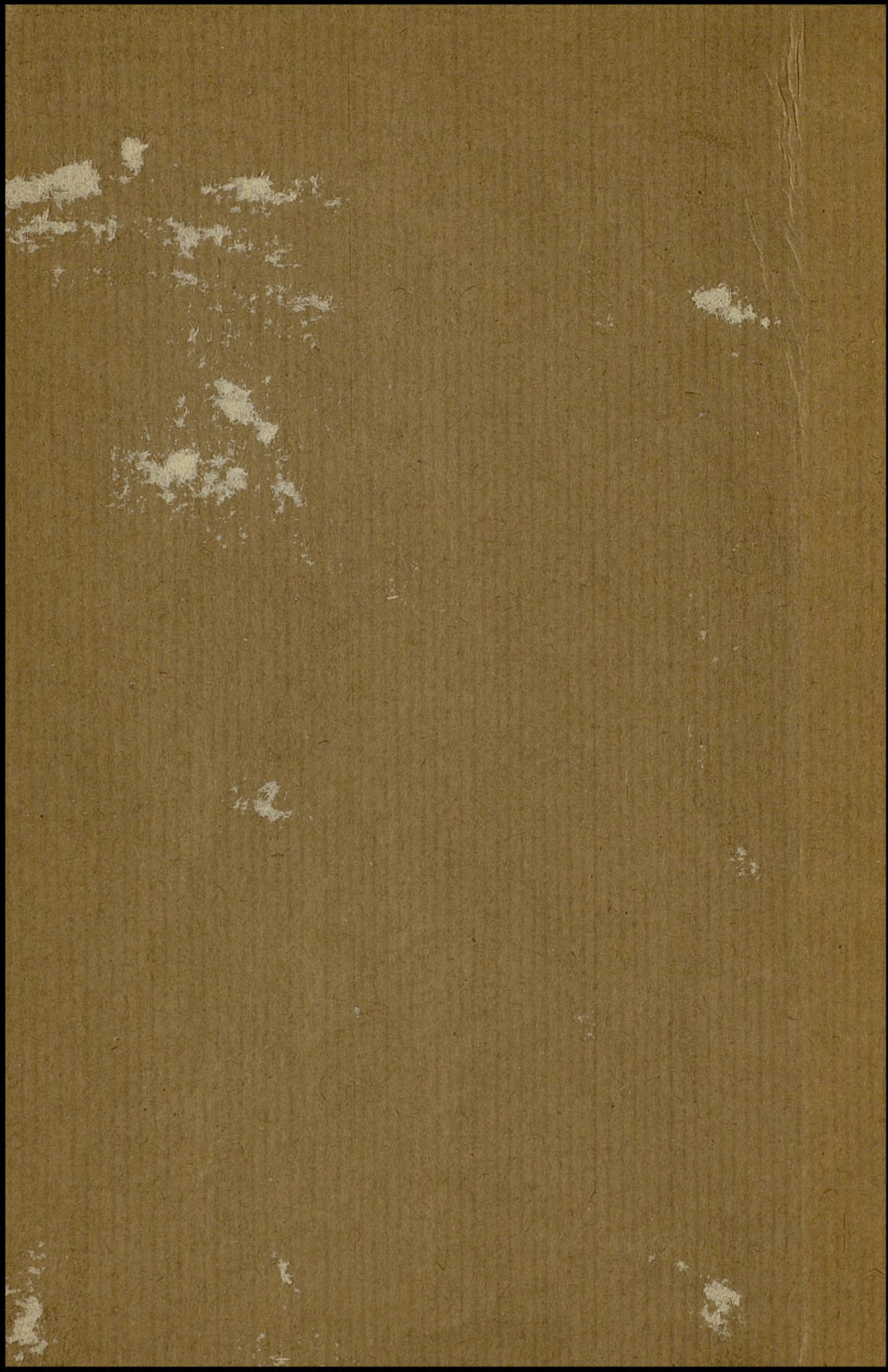






5X1X
2078

IMPRESA DE CADIZ

EN EL CENTRO DE CADIZ

En el Centro de Cadiz se encuentra el
edificio que fue el antiguo cuartel de
la Armada, y que ahora es el
centro de la ciudad. Este edificio
fue construido en el siglo XVIII
por el arquitecto Juan de Villaverde.

En el Centro de Cadiz

En el Centro de Cadiz

En el Centro de Cadiz

En el Centro de Cadiz



LA HONRA DE CADIZ,

POR

UN INCONSECUENTE LIBERAL.

Las opiniones falsas son como la falsa moneda, que empieza por ser acuñada por los grandes criminales, y pasa despues á ser manejada y puesta en circulacion por las gentes honradas que perpetran el crimen sin saber lo que hacen.

De Maistre.

TERCERA EDICION.

MADRID:

IMPRENTA DE LA VICTORIA, SAN BERNARDO, 19.

1869.

Es propiedad del Autor.

INTRODUCCION.

NUESTRA larga y gloriosa Historia no ofrece un solo ejemplo de lo que acabamos de presenciar. Hace diez siglos, hubo un conde que abrió las puertas de España á las hordas musulmanas; pero era un padre ofendido en su honra, y sin embargo, la posteridad lo ha marcado con el sello de la reprobacion.

Ahora se ha arrojado á España en brazos de la barbárie demagógica y en los horrores de la anarquía, por el solo móvil del despecho y de la ambicion.

Los que lo hicieron tenían 'obligacion' de derramar toda su sangre para impedirlo.

La conciencia pública indignada, comienza á prepararles el castigo.

No es nuestro ánimo hacer una narracion ordenada de los últimos sucesos, sino arrojar sobre el papel en el orden y forma con que se presenten á nuestro espíritu, algunas reflexiones acerca de sus rasgos más notables.

Al hacerlo no obedecemos á ningun plan preconcebido, sino á un impulso de nuestro ánimo. Pascal dice, que lo último que se averigua al escribir un libro, es la manera como debe comenzar: nosotros al tomar la pluma, ni sabemos por donde comenzaremos ni por donde habremos de concluir. Lo que está pasando es capaz de *facere fablar las piedras*, y no podemos resistir á la comezon de arrojar tambien nuestro contingente en el hirviente cráter donde hoy se revuelven y se torturan tantas ideas, tantos proyectos y tantas palabras.

No nos proponemos hacer la defensa ni la apología de lo que cayó en Setiembre. Hay sobre este asunto muchísimo que de-

cir, y requiere tiempos más tranquilos y ánimos ménos apasionados.

Asunto es este, que debe dejarse á la justicia de la Historia; ella puede, sin embargo, adelantarse á consignar, que si hubo errores y ceguedades, la nueva situacion ha hecho y sigue haciendo todo lo posible por demostrar que aquellos no son imputables á determinadas instituciones ni personas, sino al deplorable estado social á que nos ha traído lo que podemos definir sin violencia, con el nombre de *bajo-liberalismo*.

No entraremos tampoco, sino lo estrictamente necesario, en el terreno escabroso de los nombres propios.

De tal manera ciertas nociones, sin las cuales no hay orden social posible, se han ido debilitando en nuestra pobre España, que la estricta verdad respecto á los hombres que iniciaron y llevaron á cabo la última rebelion, sería ocasionada á escándalo y revestiría hasta las apariencias de la difamacion.

Lo verdadero traspasa aquí los confines de lo verosímil.

Persecucion religiosa.

Al imponernos la ingrata tarea de examinar ligeramente los principales actos del poder que acaba de entronizarse en España, no teníamos perdida toda esperanza de encontrar todavía en él alguna fibra española, algun rasgo al ménos marcado con el sello del buen sentido y de la prevision política; pero nuestra esperanza ha sido ilusoria.

El atrevimiento y desgarro con que decide de plano á gusto de la gente que grita más alto, acerca de los problemas religiosos, problemas árdulos y delicados de suyo, y cuya solucion no urge en ninguna manera, forma un curioso contraste con la respetuosa timidez con que se detiene y endosa á la *voluntad nacional*, precisamente aquellas cuestiones que no solo urgía mucho á la revolucion resolver, pero que no puede resolver ninguna Asamblea deliberante.

Resultado este gobierno del monstruoso connubio de varias agrupaciones políticas, no puede dar un paso sin encontrar obstáculos en todos sentidos y paga la pena de su nefando vicio original, viéndose condenado, ó á conceder sin conviccion, ó á aplazar con remordimiento.

Escándalo y asombro causa el pensar que se ha echado por tierra el edificio secular de nuestra monarquía, y con él toda nuestra constitucion política, sin tener preparado nada con que poder llenar este gran vacío, siquiera fuese con carácter provisional.

Así es que la anarquía ha alzado su abigarrada bandera en todas las provincias, y por el lado del Mediodía especialmente, los sectarios de Marat y de Proudhon disponen de la propiedad y de la vida de los ciudadanos como de cosa propia.

Verdad es que las Juntas han publicado pomposas declaraciones de derechos, cuya lectura produce vértigo; cierto es que los periódicos coaligados cortan y rajan con la gallardía de costumbre sobre todas las cosas y otras muchas más: no se puede negar el lastimoso trasiego de fusiles que se nota en España de algun tiempo á esta parte; ¿pero qué es lo que se proponen fundar sobre la imponente ruina de nuestra monarquía? ¿Dónde están esas reformas salvadoras de nuestra desquiciada Hacienda tan decantadas por los órganos de la revolucion en los tiempos en que aún habia gobernantes que sabian tenerla encadenada? ¿Dónde está, en fin, ni siquiera la iniciacion de esos grandes pensamientos que debian convertir á España en una nueva Jáuja?

Lo que hace la revolucion, patente está. Al son del himno de Riego y á la luz de las luminarias que enciende el miedo, arroja de sus casas á pobres religiosas é inofensivos sacerdotes. Son sus hazañas habituales. La gravedad de la situacion no le infunde aliento para más heróicas resoluciones.

Aprovechando el estupor de los primeros momentos, se apresura á reponer en sus cátedras á una porcion de sofistas á quienes la conciencia pública acusa, con sobra de razon, de envenenar la enseñanza.

Estos cándidos *apóstoles de la ciencia, soldados de la lucha pacífica de las ideas*, que esperaban su rehabilitacion *del libre consentimiento de la opinion pública*, vuelven al profesorado, en el que no debieron haber penetrado nunca, por medio de un golpe de mano y al fragor de las irrupciones del populacho en tumulto, y el dia de su rehabilitacion espresamente aquel en que el terror invade los hogares de todas las familias pacíficas.

Así debia de ser; pero de todos modos, la coincidencia es digna de ser registrada!

Restablecido el panteismo violentamente en su cátedra, debia completarse con la expulsion de los jesuitas, homenaje prestado al catolicismo y á la libertad de asociacion tal como la entienden y la practican siempre los partidarios del derecho nuevo.

Centenares de padres de familia (1) disfrutan hoy de la patriótica satisfaccion de no saber qué hacer con sus hijos; los más acomodados han optado por llevarlos á educar al extranjero, aunque no sea más que como una muestra de los frutos que produce en España el árbol de la libertad.

Porque es de saber que hoy compartimos con Portugal y con el flamante reino de Víctor Manuel, el privilegio exclusivo de haber expulsado á los jesuitas: la inculta Europase ha dejado convencer y abriga en su seno á estos pérfidos enemigos del progreso moderno.

Ignoramos lo que habrán hecho los demas padres: en legítima compensacion, si un ministro les quita los medios de dar á sus hijos una educacion á su gusto, otro ministro les regala pomposamente la *libertad de enseñanza*, en no sabemos cuántos artículos.

Aunque parezca á primera vista que ambas medidas salen una contra otra armadas de navaja, bien examinadas no queda duda ninguna.

Sin embargo, pocos españoles dejan de saber á qué atenerse al oír proclamar la *enseñanza libre*.

Hay siempre en toda declaracion de derechos de la revolucion una delicada restriccion mental.

La época del terror, tipo inmortal de estas inflamaciones

(1) Sólo en el colegio de Carrion tenian los jesuitas más de 600 alumnos.

sociales, nos ofrece ejemplos palpitantes del abismo que separa siempre sus teorías de sus prácticas.

La ley de sospechosos, que amontonó en las cárceles, en pocos días, para pasto de la guillotina á más de trescientos mil franceses, se dió en nombre de la libertad; y el implacable Robespierre, viva personificación de aquel período de exterminio, habia proclamado ántes en las Constituyentes la inviolabilidad de la vida humana.

Las revoluciones improvisan los gobernantes, como los muladares improvisan las setas.

Una de estas setas ha brotado en el ministerio de Gracia y Justicia, y lo está haciendo muy á gusto de las logias masónicas que han suplantado á la monarquía en la direccion de los negocios de la católica España.

Ya hemos visto alguna de sus hazañas, pero aún no hemos dicho nada de la más característica, que es al mismo tiempo elocuente comentario de lo que viene á ser en la práctica el derecho de asociacion que con tantos otros se acaba de proclamar.

Ninguno de nuestros lectores ignora lo que son las Conferencias de San Vicente de Paul.

Estas Conferencias se han multiplicado en todas partes merced á la maravillosa savia de que se hallan dotadas todas las instituciones católicas.

Por esto, y por su bondad intrínseca, no debian encontrar gracia ni justicia á los ojos de la revolucion, y el nuevo ministro de una y otra, con un rencor de sectario, ha perseguido hasta en esta última trinchera la asociacion católica, suprimiendo las Conferencias y confiscando los fondos de la sociedad.

El espíritu que ha dictado esta medida no es bueno, pero tampoco nuevo: en Francia se hizo hace poco tiempo por las logias otra cruzada contra las Conferencias; pero no se consiguió más que alterar su organizacion.

Aquí se procede por un sistema más expedito: lo que estorba se quita; ni los miembros de la sociedad, ni los pobres son voluntarios de la libertad, y se les trata por lo mismo como á las monjas y á los frailes.

¡Ya se ve, la lógica es inexorable!

Una situacion que premia á los conspiradores y que satisface con fondos del Estado las sumas empleadas en el soborno de las conciencias;

Una situacion que se levanta en brazos de la rebelion y y de la deslealtad;

Una situacion que se jacta, como de una heroicidad, de haber derribado en pocos dias, por medio de una perturbacion moral, de que no presenta apénas ejemplo la Historia de ningun país, la obra secular cimentada con la sangre y las virtudes de nuestros mayores;

Una situacion, en fin, que permite derribar vandálicamente los monumentos patrios de la piedad y de las artes, que arroja de sus pacíficos refugios á pobres mujeres é inofensivos maestros cuya mision es enseñar al rico la caridad y al pobre la obediencia; que puebla los campos y las ciudades de turbas armadas y *conscientes* de su derecho de aplicar á la propiedad y á la vida de los ciudadanos el mismo criterio que ella acaba de aplicar á todas las instituciones que le cerraban el paso al poder;

Una situacion de esta especie no podia permitir que viviese y prosperase tranquilamente á su sombra la sociedad de San Vicente de Paul.

No podia salvar á esta, su humilde oscuridad: las logias y los clubs directores de la demagogia lanzaron el decreto, y este ha salido á la vergüenza pública refrendado por un ministro español.

Supresion de la sociedad, confiscacion de sus fondos. El decreto es breve y ejecutivo; no hay en él vacilacion. El derecho de propiedad, la religion, la moral, el pudor público,

son los únicos ofendidos; y estos no tienen fusil, ni voz y voto en los clubs.

Sin embargo, como es muy verosímil que los católicos españoles continuarán ejerciendo la caridad en el modo y forma que tengan por conveniente, so pretexto de que sobre su bolsillo y sobre su conciencia no manda nadie;

Opinamos que el ministro del *Grande Arquitecto del Universo* (1) debería adiconar la disposicion de que se trata con el siguiente párrafo:

«Se organizarán en todos los barrios bandas de patriotas armados de garrote. Ellos se encargarán de la puntual ejecucion de este decreto y de que los pobres no sean turbados en el imprescriptible derecho que tienen de morir de hambre.»

Entre las concesiones más trascendentales que ha hecho la nueva situacion, figura la de *libertad de cultos*, que en uno de sus últimos manifiestos llama *libertad religiosa*, no sabemos si para atenuar el mal efecto que ha producido ó para buscar una salida en el caso de que encuentre dificultades en su discusion ó en su planteamiento (2).

Diremos algunas de las reflexiones que nos sugiere este importante asunto.

Sabemos muy bien que la *libertad de cultos* es la primera sonata que han puesto los clubs centrales á los organillos de la revolucion peninsular; pero al ver el ardor y la exaltacion con que algunos de ellos ejecutan la consigna, nos persuadimos de que aquí hay algo más que fanatismo de secta, y

(1) «Hoy todos pueden dirigirse al *Dios del Universo*, segun su creencia individual.»

(Palabras de un discurso del actual ministro de Gracia y Justicia.)

(2) La diferencia que existe entre la *libertad religiosa* y la *libertad de cultos*, se explica con notable lucidez en un folleto que ha dado á luz don Gabino Tejado, y que lleva por título *Toda la verdad sobre la presente crisis*. Recomendamos este excelente trabajo á cuantos estimen todavía el arte de bien decir y de bien pensar.

milagro será que no hayan tomado cartas en el juego las libras esterlinas.

Lastimar los sentimientos de la gran mayoría del pueblo español sin más objeto que dejar contentos á los ingleses, no es natural: por necios que sean la mayor parte de los revolucionarios, no lo son tanto que no alcancen á comprender que el resultado de esta lucha á muerte con el espíritu del país, puede hoy como otras veces serles fatal.

No se concibe que sólo por hidrofobia anti-católica se haya atrevido una Junta como la de Barcelona, á prohibir hasta las manifestaciones externas del culto nacional: esta bofetada que la religiosa capital del principado ha recibido en plena megilla, trae patente inglesa.

Ya se ve, era urgentísimo evitar que la campanilla que lleva el Santo Viático á los enfermos por las calles de Barcelona, fuera á lastimar los oídos y á perturbar las conciencias de los que pasean á las orillas del Támesis!

Periódicos hay en Madrid que son órganos legítimos de la *Englisch Church* y todo el mundo sabe que desde hace mucho tiempo el protestantismo no tiene más que un misionero que posea la virtud de hacer prosélitos: el oro.

¡Libertad de cultos! ¿y para qué? ¿En nombre de que necesidad social se impone este deshonor á la nación de Isabel la Católica y de Carlos V? En España no hay más que católicos é incrédulos. Los primeros tienen *todavía* iglesias en que adorar al verdadero Dios: los segundos tienen bolsas, teatros, casinos, lupanares; templos del sensualismo. ¿Qué más necesitan?

Para soliviantar el grosero mercantilismo de nuestra época, se predica que la unidad de culto es un obstáculo á que vengan á establecerse en España familias protestantes. Esta insinuación ha llevado á las filas libre-cultistas muchos tenderos, fondistas y traficantes al pormenor, que creen cándidamente que la intolerancia católica es el único obstáculo que les impide llegar á la riqueza.

Ellos ignoran que la intolerancia católica no impedirá jamás que la tolerancia protestante acuda á donde le conviene. Portugal, intolerante, fué muy favorecido y explotado por los ingleses: hace muchos años que se ha publicado allí la libertad de cultos, y apénas queda una docena de familias extranjeras en todo el territorio, y el altivo reino lusitano es hoy el más pobre y el más atrasado de Eurupa.

Sírvanos este ejemplo de elocuente lección.

Pero ¿á qué vanos subterfugios? La libertad de cultos se pide en ódio al catolicismo. A la demagogia de frac, tan bien representada hoy en nuestra secretaria de Estado, se le ha escapado el secreto en la circular dirigida á los agentes diplomáticos. En este *memorandum* se asienta que, «el pensamiento fundamental y generador de todas las manifestaciones hechas en pro de la libertad religiosa, es siempre el mismo: el de no quedarnos rezagados ni solos en el *movimiento religioso del mundo*.»

Esto es trasparente y no necesita comentarios: es género *Renan*.

Sabido es, por lo demás, que la revolucion quiere la libertad para todos los cultos ménos para el nuestro: su ódio ciego y rencoroso á la Iglesia católica se trasluce en todos sus actos: es el único artículo invariable de su credo que cambia todos los dias.

La unidad de creencia, este hermoso privilegio que tanto y con tanta razon nos envidian las demás naciones, es el objeto de sus desatentadas iras.

Nosotros caminamos siempre así: miéntras Inglaterra marcha con paso lento, pero seguro, á la unidad; los progresistas, considerando sin duda que no tenemos bastantes causas de desunion, nos quieren introducir la desunion religiosa, la más profunda y trascendental que puede afligir á un pueblo.

A esto responden con su habitual desembarazo, que en nuestra época ya no son posibles las guerras religiosas.

Los que no son progresistas y no han perdido lo que llamaba Dante *il ben del intelletto*, ven, por el contrario, que en el fondo de todas las cuestiones que dividen á las sociedades modernas, se agita el interés religioso. La lucha de la verdad revelada con el racionalismo ateo y demoledor, constituye la base de casi todas las controversias políticas.

La prueba la estais dando vosotros mismos, ¡oh, regeneradores de casino! Creéis haber hecho una revolucion política, y lo que habeis inaugurado es una *persecucion religiosa*.

¿Os imaginais que el hombre ha nacido únicamente para comer y conspirar? ¿La grosera atmósfera que os envuelve, ha entumecido de tal modo vuestra inteligencia que no acertais á comprender que, hoy como siempre, la religion es una necesidad indeclinable, que sin ella todas las instituciones se corrompen, y que la causa evidente del profundo malestar que agita á las sociedades modernas, no reconoce otro origen que el enflaquecimiento de las creencias?

Pero sois incorregibles: continuad, pues, destruyendo, á fin de persuadiros á vosotros mismos de que servís para algo.

Por desgracia, un niño ó un idiota pueden reducir á cenizas una gran ciudad; pero para reedificarla se necesitan arquitectos, materiales, obreros, millones, y sobre todo, mucho tiempo.

No teniendo ya nada que desamortizar, desamortizais nuestra unidad religiosa para vendérsela á los ingleses.

¡La hazaña es como vuestra!

Lo más triste para vosotros, es que os habeis comprometido sin fruto. A pesar de todas vuestras declaraciones, la libertad de cultos ha nacido muerta. El país está demostrando de una manera inequívoca que no la recibe, y los cultos disidentes no parecen dispuestos á gastar su tiempo y su dinero en levantar templos ni sinagogas, para verlos despues arrasados por el sentimiento público, que ahora cohiben las heces sociales que habeis puesto en fermentacion.

La prensa tricolor.

Tres géneros hay de entendimientos, según Machiavello: unos que comprenden por sí mismos y son excelentísimos; otros que comprenden con auxilio ajeno y son excelentes; y otros, en fin, que no comprenden ni por sí mismos ni con auxilio ajeno, y son inútiles.

Si Machiavello hubiera vivido en nuestros tiempos, vería que los entendimientos de su tercera categoría, son algo más que inútiles: son nocivos.

Desde que la *destruccion* se ha elevado á sistema, lo mismo en el órden político que en el moral y religioso, los tontos pueden jactarse con razon de servir para algo.

Nobleza obliga, dicen los franceses: lo mismo puede decirse del talento. En cambio á la necesidad no hay nada que la obligue, y cuando penetra en las regiones abstractas de la política, armada de la piqueta revolucionaria, produce el vértigo que causaría ver entrar á un niño con una tea encendida en un almacén de pólvora.

El espíritu democrático, rebajando todos los niveles, ha puesto el periodismo en condiciones de hacerle incompatible con toda sábia y ordenada forma de gobierno. Antes se entra-
ba en él por vocación, y como esta es casi siempre un indicio de aptitud, conservaban las controversias de la prensa cierto sello de cultura, de urbanidad y de respeto á las leyes de la lógica y del buen sentido.

Hoy todo ha cambiado. El periodismo no es un palenque abierto á las nobles luchas de la inteligencia, sino un pugilato grosero: por torpe é ignorante que sea un periodista, aprende al momento el ardid elemental del oficio, que consiste en darse ante sus lectores los aires de vencedor, entonando

el canto del gallo, aunque en realidad haya salido de la refriega sangriento y magullado.

Sólo el deber ó una vocacion á toda prueba, mantiene todavía en la brecha alguno que otro entendimiento de temple elevado. La tarea de presidiario que se impone, sólo pueden comprenderla los que han examinado de cerca las piezas de este gran proceso que la prensa se está formando á sí misma ante la conciencia pública universal.

Nunca, sin embargo, se ha presenciado una orgía de sin razon y de desenfreno igual á la que ofrece la prensa revolucionaria española desde el segundo pronunciamiento de Setiembre.

Y lo más singular es que parece ignorar que las exclamaciones de trasporte y de entusiasmo que á ella misma le arranca el no verse más ébria y desgredada, son una tácita, pero elocuente confesion de la detestable idea que tiene de sí misma.

Porque, eso sí, al paso que arroja el lodo á manos llenas sobre todo lo que le estorba ó le pudo estorbar en otro tiempo, se incienza con fruicion y se estasia ante su propia magnanimidad.

—¡Qué espectáculo, exclama, el que está dando la prensa desde que eslibre! ¡Qué templanza, qué generosidad, qué abnegacion! ¡La Europa nos contempla! ¡El mundo nos admira! ¿Qué dicen á esto los reaccionarios?

Pero le anuncian, por ejemplo, la resurreccion de un famoso periódico satírico que, durante el bienio, la tuvo enfrenada con la mordaza del ridículo, y poniéndose en jarras, añade este comentario á la noticia:

—Ahora hay libertad hasta para nuestros enemigos. Pero ¡cuidado! ¡muchísimo cuidado! *De algo nos ha de servir una dolorosa esperiencia.*

¿Quién no vé á través de esta delicada insinuacion la punta del garrote ó de otra cosa peor?

«Sabemos que ayer han llegado á esta córte (decia un periódico aún ántes de la formacion del nuevo gobierno) cinco ó seis personajes de mal agüero. Sírvales esto de aviso y de señal de que los conocemos. Por hoy no decimos más.»

Mal hecho: en este camino no hay que detenerse por paliza más ó menos, sobre todo cuando se destinan á costillas ajenas.

En otra ocasion, hablando de los llamados neos, prorumpe el mismo diario en el siguiente arranque de tolerancia:

«Lo peor es que van á conseguir su deseo de que *les sacudan el polvo* por la ley tremenda del *salus populi*.»

Emulando otro de sus cofrades esta leccion de lógica persuasiva, cambia el palo por el fusil, y encarándose con un club, formado, dice él, por el alto clero en la nunciatura, «encomienda su disolucion á los voluntarios de la libertad.»

Se atreve otro periódico á publicar una protesta contra la libertad de cultos y á citar á su redaccion á todos los que quieran firmarla. Esto exalta la bilis de los librecultistas, y uno de ellos le endereza un artículo preñado de amenazas que termina con la siguiente declaracion:

«Nosotros, en nombre de la *Libertad* (con letra mayúscula,) *declaramos traidores á la patria á los españoles que pongan su firma al pié de esa sediciosa protesta.*»

Semejante advertencia, en combinacion con los sesenta ó setenta mil fusiles estraidos del parque, no podia ménos de ser de una eficacia incontrastable.

Ved otro chiste setembrista:

«Los bandos de buen gobierno sólo debian existir para exterminar á los reaccionarios como á animales dañinos.»

Otro diario de la trinca no cree necesario apelar por el momento á la estrignina, y encarándose con el ministro de la Gobernacion le sugiere esta patriótica idea:

«Señor Sagasta: Fernando Póo necesita una colonizacion de] moderados y de neos.»

Un organillo de la publicidad, discípulo de Voltaire, de quien ha mamado la impiedad, pero no el ingenio, y que sustituye por tanto la aguda sátira y el punzante sarcasmo con la brutalidad y la blasfemia; al ver que el dinero, como todo lo que vale, *tiene miedo á la libertad* y que el empréstito, que debía ser de dos mil millones, suda como un gañán para llegar á los cuatrocientos, enciende, estos dos cirios, el uno á la libertad de discusion y el otro á la de contratacion.

Dice en el primero, dirigiéndose á la prensa antiministerial:

«Ahí teneis sus periódicos: á la raiz de una revolucion aún no acabada, ya nos insultan.»

Que me enturbias el agua,—decia el lobo á la oveja.

«¿Y sabeis por qué nos insultan? Porque no *hemos arrojado por los balcones las indignidades públicas.*»

Se nos figura que los periódicos reaccionarios deben agradecer al organillo su piadoso deseo, siquiera en gracia de que los supone habitantes de los sitios altos. En cambio él puede estar seguro de no ser arrojado por ningun balcon, porque las tabernas no los tienen.

Aquí tiene el respetable público la parte penal que se echa de ménos en el decreto de imprenta del señor Sagasta.

El segundo cirio es todavía más luminoso.

«Ahí están algunos de sus banqueros—siempre los de la reaccion.—Ayer los necesitó el Ayuntamiento y apenas se dignaron darle una limosna.»

¡De diez millones! La limosna es crecidita. Verdad es que el miedo ha sido siempre un excelente recaudador de anticipos.

«Hoy los necesita el Gobierno, y ellos van á conspirar contra la revolucion haciendo bajar los fondos públicos de la Bolsa. ¿Por qué? Sin duda en agradecimiento *porque no hemos incendiado sus madrigueras.*»

Consignemos el respeto que nos infunde esta gallarda manera de discurrir. Periodistas que deploran no haber arrojado

á los que ellos llaman sus hermanos de la prensa por el balcon, y no haber incendiado las casas de los capitalistas, ponen al gobierno que los tolera en su verdadero lugar, interin el Gobierno los pone á ellos en el puesto que les corresponde, que si no mienten las señas, es el de Secretarios de Legacion.

A este paso ¿á dónde iremos á buscar nuestros futuros embajadores?

Vamos á concluir el capítulo de las amenazas con una muestra tomada de un periódico de provincias. Sentimos que estas provincias sean las Vascongadas.

Incomodado tambien el *Irurac-Bat*, periódico de Bilbao, por el mal éxito del desdichado empréstito, dispara á quemarropa una andanada contra los capitalistas sus paisanos, que termina con esta edificante observacion:

«Y sin embargo, la revolucion ha respetado vidas y haciendas:» (¡Fuego con el *sin embargo*!) «el nuevo gobierno respeta empréstitos, deuda que él no creó, y esto sin ninguna razon. ¿Pues acaso no lo puede todo una revolucion?»

Sí, amigo *Irurac-Bat*: aunque en estilo tan enrevesado como tu nombre, has dicho casi una verdad: la revolucion puede mucho (si bien *no todo*, como te probaré más adelante) pues ha podido ponerte una pluma en la mano: porque sin duda por conservarte fiel á tu apellido que significa si no estoy equivocado *Tres en uno*, has puesto tres disparates en un sólo párrafo.

En primer lugar, si la revolucion hubiera respetado vidas y haciendas no habria hecho más que lo que debia, puesto que, con tu permiso, nuestras haciendas y nuestras vidas no le deben nada. Y eso de que quieras hacer á la revolucion dueña de ellas, es cosa sumamente grave, amigo *Irurac-bat*. Pero es el caso que la revolucion no ha tenido semejantes respetos, como lo atestiguan dos ó tres docenas de asesinatos, (por los cuales, nota esto bien, ni aún se sigue procedimiento) y varias haciendas, muebles é inmuebles, de que se ha apo-

derado contra la expresa voluntad de sus legítimos dueños. En segundo lugar, sostener que el actual gobierno no tenía ninguna razón para respetar los empréstitos contraídos anteriormente, es cosa que hace erizar el cabello. Si, pongo por ejemplo, los títulos de esos empréstitos hubieran estado todos en poder de los reaccionarios, anda con Dios; el respeto al sagrado derecho de propiedad no reza con ellos, como tu sabes muy bien; pero es el caso que esos títulos están en poder de todo el mundo; y tus amigos, que por puro patriotismo por supuesto, se han dado mucho á la faena de levantar las cargas del Estado, colocando su dinero á nueve y á diez por ciento de interés, tienen una buena parte de ellos. Porque tus amigos ya no son los descamisados de marras, amigo *Irurac*; las sucesivas desamortizaciones y el juego más ó menos ordenado de la política, han dado á muchos de ellos, no sólo camisa limpia, sino hasta coche.

En tercero y último lugar, decir que los empréstitos anteriores á la revolución son deudas que no creó la revolución, permíteme que te lo advierta, es tratar la historia á puntapiés. Todos los empréstitos que se han hecho en España, se han hecho por la revolución ó á causa de ella, como que siempre ha estado ó en el poder ó conspirando, de modo que entre los innumerables beneficios que le debemos no es el menor el de haber levantado la deuda de la Nación á la suma de veinte y dos mil millones, suma que ni aún sabrían leer nuestros ignorantes antepasados, y que reducida á ochavos segovianos, moneda (¡lamentable atraso!) que ellos manejaban mucho, podría formar una cadena que diera varias veces la vuelta al mundo. Imagínate cuál estará nuestro crédito con esta cadena al cuello.

No hay para que añadir que la revolución no lo puede todo: puede sí hacer el milagro de convertir en heroísmo la deslealtad, la ingratitud en hidalguía, el pobre en rico y viceversa, el ignorante en maestro, la ciencia y la historia en gí-gote y el sentido común en mito; pero hay tres cosas que

ella no podrá nunca hacer, que son: órden, dinero y tiempo. Consuélenos la tercera de la falta de las otras dos.

Otra cosa no puede hacer tampoco, y con esto concluyo, y es que tú y algunos diarios de tu calaña que, á manera de berrugas, afean la noble y hermosa fisonomía del país vascongado, dejeis de ser un peligro constante no sólo para sus fueros y privilegios, sino tambien para sus venerandas y patriarcales costumbres, contempladas hasta ahora con envidia por todos los que no se te parecen.

No queremos avergonzar á nuestros lectores ni aun con una ligera mencion de los insultos soeces é indignas chocarrerías que se han prodigado á los vencidos, ó mejor dicho vendidos: en este terreno la prensa se ha excedido á sí misma, que es cuanto hay que decir.

Se concibe hasta cierto punto que la pasion política, que la sed de mando, que las sugestiones de un poderoso, que las consecuencias de un primer paso inspirado por la ira, hayan podido arrastrar á los principales actores del pronunciamiento á contraer ante la historia la tremenda responsabilidad con que hoy se ven abrumados; lo que no se concibe, lo que subleva á todos los corazones honrados, lo que imprime á esta revolucion un sello indeleble de bajeza, es el encarnizamiento con que persigue y denuesta á la majestad caida.

Si los juramentos, si el honor, si la gratitud á las mercedes de que los habia colmado, no impusieran á algunos de los miembros del actual gobierno la obligacion de cegar ese inmundo lodazal de insultos en que se revuelea la prensa revolucionaria de los tres colores, se lo impondria un altísimo deber político; el de sostener el decoro de la nacion á quien se está deshonrando.

Al fin se trata de una dama, de una madre, de una española. Su honra, no hay que forjarse ilusiones, es la honra de la patria donde reinó treinta y cinco años.

Al ver esta ignominiosa cruzada pensará la Europa culta

que somos un pueblo degradado que no sabe más que, ó besar el látigo que le azota, ó ensangrentarse en el cadáver del enemigo vencido.

Hay además en este asunto una circunstancia digna de seria reflexion, y es que la especialidad del ataque hace imposible la defensa, resultando de aquí una especie de privilegio de difamacion bajamente otorgado á las pasiones antidinásticas.

Por ahora no consideramos oportuno tratar más á fondo de esta delicada materia, ni lo permite tampoco la índole del trabajo que nos hemos impuesto; pero al tratar de la prensa periódica, no debíamos prescindir de hacer esta protesta contra los que así mancillan los sentimientos hidalgos y todavía profundamente monárquicos de nuestro país.

Uno de los caracteres distintivos de la demagogia, es un odio ciego y brutal á todo lo que no es fuerza tangible, á todo cuanto recibe su savia del amor, del respeto y de la persuasion; á todo aquello, en fin, que, unido por lazos invisibles á nuestras más nobles facultades, tiende además á propagarse por medio de las dos cualidades que á la demagogia son más esencialmente repulsivas: la disciplina y el sacrificio.

Sabido esto, no necesitamos encañecer lo violento de sus ataques contra la religion, el culto y sus ministros. Si el clero no pagó su tributo de sangre á este 1793 de la prensa, es porque nos hallábamos en 1868. ¡La corriente popular rechazó el flúido, gracias al aislador de una larga época de devengañes!

Volúmenes necesitaríamos para registrar las calumnias, los denuestos, los groseros sarcasmos que se han prodigado y aún se prodigan (como que esta es la cuerda sensible de la revolucion) al catolicismo y á todos los institutos de caridad y de enseñanza que á su pacífica sombra se iban desarrollando. Semejante pasto arrojado á la inesperta credulidad de las masas, arguye por sí solo ó una refinada maldad ó una estolidez inconcebible.

Confesamos que nuestro estómago se levanta á la idea de tener que descender al terreno de las citas; ahí están todos los órganos de la prensa tricolor, los de ayer, los de hoy, los de mañana; la mayor parte de sus renglones son otros tantos ladridos á las cosas santas, y es seguro que no cejarán en su tarea hasta que no se les ponga un bozal.

Los argumentos son siempre los mismos; el arsenal de la impiedad tiene pocos, por fortuna la literatura de esas gentes corre parejas con su capacidad sintética.

Porque es fenómeno digno de observacion que lo mismo aquí que en lo restante de Europa, los partidos ménos inteligentes, y por consecuencia más violentos, son precisamente los que afectan tremolar la bandera de la ciencia y de la libertad. ¿Qué tiene de extraño que una y otra salgan tan mal paradas durante los periodos forzosamente breves, de su dominacion. (1)

Por supuesto que en esta cruzada contra la cruz de que vamos hablando hay unidad de fin, pero no de medios: el sistema hipócrita de las insinuaciones venenosas del falso celo por la pureza del dogma católico, de las tergiversaciones y de los subterfugios, tiene tambien en ella sus dignos representantes.

Los periódicos representantes de este matiz son doblemente repugnantes, y al buscar el móvil que los impulsa, vacilamos entre las órdenes de la logia ó las subvenciones de la Sociedad Bíblica.

No necesitamos designarlos: ¿qué lector de periódicos no los conoce? ¿A quien no ha llamado la atención lo melífluo y persuasivo de su dialéctica, siempre que se trata de narcoti-

(1) Así es que todo periodista que entre ellos descuella un poco es forzosamente candidato á una cartera ministerial en el primer motin triunfante.

zar la conciencia pública alarmada por los vandálicos derribos de nuestras iglesias?

—No temais, gentes sencillas y timoratas—exclaman.—Esos templos (la palabra iglesias tiene un sabor demasiado católico) no eran dignos de la capital de un país culto y religioso. Ya os levantaremos monumentos más dignos de vuestra piedad. Ya vereis qué magnífica Catedral os vamos á construir en Madrid.

¡La idea de la Catedral es donosa! Arcos de lienzo pintado, destinados á caer á la primera ventisca, castillos de pólvora y pirámides de ruinas son los únicos monumentos que se levantan en tiempos de progreso: las construcciones son nominales mientras que los derribos son efectivos. Basílicas como la de Burgos, Sevilla y Toledo no se fabrican sin un gran caudal de tiempo y de fe, y las arcas de la revolución no conocen esta moneda.

No crean, sin embargo, nuestros lectores, que el clero los reaccionarios han sido los únicos que han gozado del privilegio de exacerbar la bilis de los triunfadores: los empleados públicos han compartido con ellos esta peligrosa honra.

Mientras que el rumor diario de horribles asesinatos y de ataques desembozados al derecho de propiedad cundia sigilosamente sembrando la alarma entre los ciudadanos pacíficos, ¿qué hacían los que á sí mismos se llaman sacerdotes de la opinión pública? ¿Denunciar acaso á los autores de estos punibles atentados, á fin de devolver la calma y la seguridad á los ánimos aterrados? No por cierto; se ocupaban en tarea ménos arriesgada, y sobre todo más productiva: en señalar al brazo secular de los ministros, con sus nombres, apellidos y parentesco, á todos los funcionarios que se habían atrevido á comer durante la dominación moderada.

El furor de hacer vacantes cunde por toda la prensa: unionistas, progresistas y demócratas convierten las columnas de sus diarios en memoriales desvergonzados, en los cuales de-

trás del denuesto ingeneroso á los caídos, aparecen claramente las prosáicas aspiraciones de los vencedores. Cada artículo es una antesala ministerial llena de pretendientes.

El espectáculo es tan nauseabundo, que ellos mismos de cuando en cuando dan muestras de avergonzarse, y disparan desde la gacetilla sarcasmos contra su artículo de fondo.

Un diario averigua, ó inventa, que el Ministro de Estado tiene el proyecto de remover todo el personal de sus dependencias, y califica este propósito de *pensamiento* y de *fecundo*: sus demas colegas cogen la noticia al vuelo, y por espacio de algunos dias no hay medio de recorrer un periódico sin tropezar con el *pensamiento fecundo* del Sr. Lorenzana.

«¿No hemos hecho una revolucion?» — exclama otro con cándida franqueza, — «¿qué cosa más natural que colocar en los destinos á personas comprometidas por tan santa causa?» —

«La cuestion de los destinos públicos.» — dice un tercero, cansado sin duda de esperar la credencial prometida, — «puede llegar á ser muy grave sino se adopta una *marcha enérgica*.»

¡Audacia! ¡audacia! ¡y siempre audacia! — pedia Danton para intimidar á Europa coaligada. Nuestros revolucionarios piden á sus gobiernos *energía, muchísima energía....* en la cuestion de los destinos públicos. ¡Danton era un pobre revolucionario! Ignoramos, sin embargo, por qué llaman á eso cuestion, como no sea porque es cuestion de tormento para los cesantes; pues por lo demas, ellos se han repartido hasta las migajas del presupuesto, sin otro género de dificultad que la que han suscitado algunas veces sus encontradas é inmodestas exigencias (1). Los Ministros de esta *revolucion gloriosa*

(1) Debemos mencionar una honrosa escepcion. Uno de los periodistas que con más derecho, dados los precedentes establecidos, podria aspirar á un puesto preferente en el banquete de la situacion, ha renunciado espontáneamente á él. El hecho es curioso; pero está en carácter. El periodista de que se trata, es una especie de caballero an-

y *magnánima*, de este *alzamiento universal*, de esta *potente sacudida*, no son otra cosa que simples mandatarios de los periodistas y de alguno que otro *consecuente liberal* con buenos pulmones: apenas si se les deja la libertad de colocar á sus parientes, franquicia reconocida hasta ahora á los Ministros por todas las escuelas liberales.

Y ¡cosa rara! la demanda, en lugar de encarecer la mercadería, la ha puesto al alcance de todas las inteligencias y de todos los merecimientos; para obtener un gobierno de provincia ó una plaza de oficial de Secretaría basta con saber sudar de cuando en cuando una mala gacetilla: si á esta última cualidad se añade cierta maña para saberse dar los aires de conspirador, entónces, ¡oh, entónces se puede aspirar hasta á una plenipotencia! ¡Y hay quien se atreve á sostener que el mundo no marcha! Id á contar á nuestros abuelos que el mejor título para escalar el más alto puesto de la magistratura es el haber sido condenado á muerte por los tribunales, y se quedarán con tanta boca abierta!

Por desgracia los amantes de la libertad son innumerables, mientras que los empleos se hallan forzosamente en una lamentable desproporcion con aquellos. Todo tiene su limite en este mundo, hasta los presupuestos liberales. Por eso la revolucion aspira á seguir su marcha magestuosa y arrastra á los satisfechos que quieren enfrenarla. Muchos argumentos se aducen en pro de la república, pero todos callan el más importante, el más decisivo:

Hay mucho patriota por colocar.

dante de los motines, que en lugar de dedicarse á desfacer entuertos (cosa que en él, salvo error, tendria fácil esplicacion), se ha dedicado á desfacer gobiernos, trabajando, como el héroe del Tasso, *Col senno é con la mano*. Es fama que en esta empresa despliega cualidades dignas de mejor empleo; parece que se le ve siempre en los puntos de mayor peligro y que ha arrancado á más de una víctima de las garras de sus indisciplinados secuaces, remedando en esto al *Sr. D. Juan de Robres*.

Justo es consignar aquí, que si los periodistas se llevan en la distribucion del botin la parte del leon, procuran mostrarse agradecidos á su manera. Si la manera es deplorable, no es por falta de buena voluntad por su parte.

Es la dignidad una distincion nativa del entendimiento y del corazon, que no se imita: es una aristocracia, y por lo tanto está fuera de la esfera moral en que viven los demócratas.

A imitacion de aquellos animales de la raza felina, que con la misma intemperancia lamen que muerden, el ministerialismo de los diarios que sostienen la presente anarquía, no se parece á ningun otro: jamás el diapason de la lisonja ha subido tan alto, ni el de la adulacion se ha arrastrado á tanta bajeza.

A la raiz del pronunciamiento, todo se volvia himnos y panegíricos á los triunfadores: el ilustre *Duque*, el *inclito Conde*, el *bravo Marino*, el *bizarro General*, el *eminente repúblico*, el *principe de los oradores*, el *gran tribuno*, el *Hoche*, el *Coriolano*, no se les caian de la boca: ametralladores y ametrallados se confundian en un abrazo comun, símbolo de un solo presupuesto, y agotaban el repertorio de los calificativos encomiásticos como ántes habian agotado el de los insultos y las amenazas.

La magestad del pueblo armado despertaba en ellos una especie de arrobamiento místico, tomado á préstamo de los peores tiempos de la revolucion francesa.

Formado el nuevo gobierno, Dios sabe cómo, y hecha la primera derrama de credenciales, el antiguo ministerialismo empezó ya á levantar la cabeza, pero revistiendo formas nuevas y giros de todo punto inusitados.

Hé aquí de qué manera se desahoga por conducto de un estómago agradecido:

«No ha habido en el mundo desde que existe memoria de hombres, gobierno alguno que con tanta magestad, tanta

prudencia, tanto liberalismo y tanta energía, haya sabido ponerse al frente de una revolucion.»

No dirán los nuevos Ministros que han tropezado con un ingrato: lo único que quizá observarán en el que ha escrito eso, es que tiene el estómago débil y se le han indigestado sus primeras raciones de presupuesto. Asi es, que en lugar de hablar, erupla.

Pero.... mano á las narices, que ahí va otra descarga.

«Nunca podíamos figurarnos que los hombres que se han puesto al frente de la revolucion, valiesen lo que valen; nunca que nos dejasen tan atrás en prevision y cordura.»

Este no es un grande elogio, que digamos.

«Hoy es cuando nos convencemos de que no servimos sino para ser carne de cañon, *miéntras* ellos dirijan la batalla.»

¡Bah! ¿y por qué no *antes* y *despues*? Aunque bien mirado el que así escribe, de lo único que se pone á tiro, es de cuchara.

¡Pero, ya se ve! vaya usted á que esas gentes comprendan ciertas cosas, cuando uno de ellos no comprende «cómo en estos momentos puede existir en España nadie que no se envanezca de ser español.»

—Pero venga usted acá, señor mio: el que usted sea Ministro, ó Jefe de Legacion, ú oficial de Secretaría, ó Gobernador, ó alguna cosa así, podrá causarme asombro y estupefaccion, pero envanecimiento, no por cierto. Cállese usted por Dios, y considere que detrás del Carnaval viene la Cuaresma.

¿Habeis visto cómo lamen? pues vais á ver cómo muerden.

Hallándose, sin duda, en los horrores de la digestion, sorprenden á ese mismo diario los sucesos de Cádiz.

Háganse ustedes á un lado.

«*Raza de verdugos y de prostitutas*, —exclama— ¿hasta cuando? Gentes ingratas y descontentadizas *que ayer no teniais pan y hoy teneis dicha*, ¿qué más quereis?»

Lo que quieren, está bien claro. Como vosotros os habeis

quedado con el *pan* dándoles á ellos la *dicha*, quieren cambiar con vosotros. Ese no es motivo para sacar á relucir la *raza de verdugos y de prostitutas*. No despilfarreis de esta manera los epítetos, que os van á hacer mucha falta para irlos aplicando sucesivamente á la mayor parte de los pueblos de España.

¡Cuán léjos estamos de aquellos tiempos en que haciais oír este cántico, en medio de la desolacion y de la anarquía que nos hace objeto de la compasion universal!

«Sigamos así, y ese mundo que nos miraba con desprecio y hoy nos contempla con admiracion, tendrá forzosamente que esclamar: El pueblo español, es el pueblo más grande de la tierra» (1).

Sí, á la manera de los agujeros que cuanto más se les quita se hacen más grandes.

Pero advertid ¡oh, lectores! cómo vamos progresando. Antes era Europa la que nos contemplaba con privilegio exclusivo; pero la fórmula se iba haciendo viejecilla. Es cosa sabida que no podian subir al poder los progresistas, sin verse molestados por la indiscreta admiracion de Europa.

Y en efecto, apénas oían las naciones del Continente hácia la parte del Mediodía sonar el himno de Riego con acompañamiento de tiros, y venir por el Bidasoa monjas y sacerdotes

(1) Debemos advertir que por no fatigar á nuestros lectores hemos sido muy parcos en las citas; pero entre las que hemos hecho, el principal contingente pertenece á *La Iberia*. Este periódico es el que más genuinamente representa á la situacion por lo inconexo y vulgar de sus ideas, por lo violento y poco culto de su forma, y porque sobre ella ha caído, con una abundancia sin ejemplo, la lluvia de oro del presupuesto. Es el órgano principal del *bajo liberalism*. Desde su nacimiento empezó á dar muestras de lo que habia de ser. Alguno de nuestros actuales ministros debe su elevacion á la autoridad de que le ha revestido este destemplado pero infatigable clarín de la publicidad. Es el órgano de los políticos sin crédito y de las ambiciones sin base.

asustados, acudian presurosas á ocupar las gradas del Pirineo restregándose las manos y diciendo para sus adentros:

—¡Cómo nos vamos á divertir!

Europa gusta mucho de estas fiestas... en casa ajena.

Ahora (y en esto se conoce la influencia del elemento democrático) ya no es sólo Europa sino el mundo el que ha tomado puesto sobre las altas crestas de la majestuosa cordillera, dispuesto á consagrarnos toda su admiración. Europa ocupa, sin embargo, la primera fila.

La corrida ha comenzado.

—Eh! Castilla! ¿Qué fiera es esa que está en la arena?

—Es el *decoro español*, toro sin rival de las ganaderías unidas de Navas de Tolosa, San Quintín, Lepanto, y Bailén.

—Lo conocemos.

—Ya lo creo: como que dió á vuestros abuelos tremendos revolcones. Aunque muy corrido de medio siglo á esta parte y bastante postrado de fuerzas, á consecuencia de los malos pastos que se le han dado, especialmente por los que acaba de rumiar en las dehesas de Sevilla y Alcolea, todavía se duda de poderlo despachar.

—¿No teneis la media luna?

—La ha hecho ya pedazos veinte veces y hoy no sirve para el caso. Tratamos de embolarle con el pelote de la libertad de cultos; pero aunque la fiera ha quedado algo delicada de *testuz*, á consecuencia del *topetazo* que le han dado en Cádiz los buques blindados de la escuadra, hasta ahora no ha habido forma de podérselo poner.

—¿Quiénes son los encargados de la lidia?

—Tenemos los mejores diestros de las tres cuadrillas rivales que hasta ahora se han disputado la gloria de esterminar el noble animal. Ya habeis visto que la *Union liberal* ha abierto á la fiera las puertas del toril; ella se encarga además de todos los ejercicios de destreza, especialmente del capeo, que ejecuta á la última perfección. Al *Progreso* se le ha confiado

la lidia gruesa, esto es, la pica y los batacazos, ejercicio en el que no tiene rival. Por último la *Democracia*, que cuenta con hábiles cacheteros, se ha encargado de la muerte: pero aunque vuestras carnicerías han suministrado para ayudarla algunos de sus más distinguidos matachines, se desconfía de que puedan conseguir su intento.

—¿Cómo concluirá el espectáculo?

—A golpes, pueblos amigos, ya lo sabeis vosotros y por eso os habeis dado tanta prisa á ocupar los tendidos. Sucederá una de estas dos cosas; ó que la fiera irritada arroje maltrechos por encima de vosotros á todos sus verdugos, ó que estos acaben por degollarse fraternalmente á fin de quedarse con la posesion esclusiva del redondel.

—¿Podremos presenciar la fiesta con seguridad desde aquí?

—Hubo un tiempo en que el *decoro español* no gustaba de vecinos indiscretos, y en que era un juego para él saltar esa barrera. Ahora tiene pocas piernas y de bravo se ha vuelto bravucon; siempre á consecuencia de los malos pastos de que os he hablado. Podeis pues reiros impunemente de nosotros desde ese baluarte. Permaneced en él, aunque no sea más que para escitar la vanidad enfermiza de los combatientes, y para que puedan, cubriéndome de escarnio, animarse mutuamente, esclamando: *La Europa nos contempla.—El Mundo nos admira.—España es el país más grande de la tierra.*

Al Ministro de Ultramar.

Es fama que hace dos años, poco más ó ménos, un conato de protesta te arrojó, ciudadano Ministro (y permite que te trate con esta franqueza republicana, á la que es bueno que te vayas acostumbrando), á la patria de Camoens. Allí, y en la córte de los Braganzas, léjos del mundanal ruido de la política, parece, segun informes de amigos indiscretos, que te diste á fantasear un drama que debia titularse *El último deseo*, y cuyo protagonista era el diablo disfrazado de ciudadano pacífico, arreglado, hacendoso, y enemigo, sobre todo, de las exageraciones: como si dijéramos.... de unionista.

Entre otras mil bellezas que ya se presentian en la obra que bullia por entónces en tu imaginacion, dominaba un pensamiento ingenioso al par que profundo, como la mayor parte de los tuyos. Era este, que el diablo debia aparecer á todos los personajes de la obra bajo la semblanza de alguno que en circunstancias críticas de su vida les habia dado un mal consejo ó ayudado á cometer una detestable aunque provechosa accion. Así es que el uno reconocia en él aquel amable don Fulano, que en tal año y en tal dia, le persuadió con sutilísimos argumentos á llevar á cabo una operacion financiera de moralidad dudosa y con la cual cimentó su fortuna. Admiraba el otro en él al caballero cumplido, que en un lance de honor le sirvió de padrino y le enseñó los medios de matar á su adversario. El de más allá recordaba al verle, al amigo oficioso y compasivo, merced á cuyos consejos, pudo vencer la resistencia de una virtuosa doncella de quien estaba perdidamente enamorado...., y así los demas.

A pesar de lo tentador del argumento, y de que (siempre segun los informes susodichos), llegaste á escribir el primer acto, no pudiste dar con un buen desenlace (catástrofe, que llamaban los griegos), y soltaste la pluma sin dejar por eso de meditar sobre el asunto.

Por aquel entónces, es fama que pasaste de las márgenes del caudaloso Tajo á las vivaces y risueñas del Guadalquivir; y que no pudiendo echar de la cabeza tu mefistofélico drama, te diste á buscar la catástrofe por los frondosos contornos amigos de las musas de la opulenta Sevilla.

Dícese que un dia, no sé si de primavera ó de invierno, perdido en el odorífero paraíso de San Telmo, llegó á tus oídos una voz suave y misteriosa que te habló en estos ó parecidos términos:

—¿Qué buscas, Adelardo, meditabundo y solitario por estas arboledas? ¿Por qué consumes en estériles imaginaciones los dias que debieras emplear en altas y gloriosas empresas? Sal del dominio de la farsa y entra en el dominio de la realidad y de los hechos. ¿Quieres gloria? ¿Quieres aplausos? ¿Quieres agitar las muchedumbres? Pues yo te prometo las tres cosas en una escena infinitamente más vasta que la que tú tienes costumbre de animar y ante un público de muchos millones de almas. Autor del *Hombre de Estado*, decídetes á serlo, y en lugar de buscar la catástrofe de *El último deseo*, vete á las aguas de Cádiz, escena propicia para preparar la catástrofe de la *Ultima legitimidad*.

Y aquí tienes, ciudadano Ministro, una prueba de que no te adulaba al calificar el pensamiento aquel de tu embrion dramático, de ingenioso y de profundo. La voz de sirena que así te habló, no pertenecía á la persona que tú te imaginaste: era la voz del mismísimo príncipe de las tinieblas, bajo la semblanza de Pedro, Juan ó Antonio, que esto no hace al caso: el sitio y la índole del discurso debieron revelártelo. ¿Qué era este último, en resumen, más que una variacion del pri-

mitivo *eritis sicut dii*, que perdió á los padres del humano linaje?

Porque yo no puedo creer que tú pertenezcas á la familia, hoy por desgracia bastante numerosa, de histriones sin conciencia que cultivan el arte por el arte, y para quienes la pluma no es más que un instrumento de hacer fortuna ó de satisfacer la necesidad de ruido y aplausos á que se sienten arrastrados ciertos temperamentos. No; tú no perteneces á esa raza; tú sientes y piensas lo que escribes, y procuras poner en práctica, en cuanto lo permite al ménos la humana flaqueza, lo que con tanta elocuencia predicas.

Por eso precisamente, creo que cuanto hiciste, dijiste y escribiste desde aquella famosa escursión á los vergeles de San Telmo, no es imputable al severo cantor del deber y del sacrificio en *D. Francisco de Rioja*, al azotador del cinismo contemporáneo en el *Tejado de vidrio*, al que escarneció á los sectarios del becerro de oro en *El tanto por ciento*, al entusiasta apologista, en fin, del más cristiano, más español, más caballero y más monárquico de todos los escritores, y con esto he nombrado al insigne D. Pedro Calderon de la Barca; sino al protagonista de tu drama cuyo espíritu, por no se qué arte de maravillosa alquimia, te fué insuflado en aquel aciago día; espíritu que poco tiempo despues, siguiendo sin duda el mismo procedimiento, supiste á tu vez introducir dentro de la mal calafateada conciencia del Capitan del puerto de Cádiz, hoy amarrado contigo á la pesada cadena del mando.

Pasemos en silencio, con pudoroso escrúpulo, la escena de la seducción de esa pobre Margarita, escena que sin ser más moral, seria de seguro mucho ménos entretenida que la del *Fausto*, y lleguemos al manifiesto de Cádiz, ó mejor dicho á la carcajada de Mefistófeles.

No es posible leer ese documento sin recordar el consabido adagio *así paga el diablo á quien bien le sirve*. Jamas ha recibido una confirmacion más luminosa la reputacion de bromista

que tiene el enemigo del género humano. Después de haberse servido de tí para embromar á Topete, te inspiró la idea de ese manifiesto en el cual los embromados somos los españoles, y tú el primero, ciudadano Ministro.

Allá por los tiempos en que dedicabas al estudio del derecho los breves momentos de ocio que te dejaban las musas, ¿no has aprendido aquella máxima de la jurisprudencia romana *expressa nocent, non expressa non nocent*, máxima que don Quijote tradujo á Sancho en una memorable ocasion, diciéndole: —*Peor es meneallo, Sancho amigo?*

Pues á esa máxima has debido atenerte en esta no ménos memorable circunstancia. Las palabras se las lleva el viento: los escritos quedan.

Se concibe que tus cómplices hayan querido confiar á manos expertas la redaccion del memorial de agravios que no falta nunca á toda rebelion; pero tú no has debido caer en el lazo; tú has debido pensar que si hoy abundan los españoles que ignoran el catecismo, son rarísimos en cambio los que no saben que ese género de documentos, cualquiera que sea el troquel donde se vacíen, no tienen otro valor que el que reciben de las firmas que llevan al pié.

Varias son las que suscriben el manifiesto de Cádiz, y todas ellas en mayor ó menor grado, se burlan de tus elocuentes períodos. He llamado á tu engendro la carcajada de Mefistófeles, y no he dicho más que una octava parte de la verdad. Son ocho carcajadas, á carcajada por firma: jamás el diablo ha tenido una tentacion de risa semejante. ¡Imagínate el efecto que produciria un sermón sobre el pudor, predicado por una meretriz en cueros!

¿Urgía tanto participar á Europa, que ocho generales españoles se habian pronunciado.... contra sus deberes? ¿No era desgraciadamente público y notorio que un jefe de nuestra escuadra habia convertido los gloriosos buques de la armada en otras tantas barricadas, uniendo por primera vez en una espe-

cie de matrimonio civil dos cosas tan contrarias como *marina* y *pronunciamiento*, sin anunciarnos que éste tenía además el triste valor de poner su firma al pié del documento destinado á esparcir la nueva á los cuatro vientos de la publicidad? ¿Es acaso la gratitud enemiga de la libertad, y la ha declarado cesante la revolucion? ¿Cómo se concibe sino la gala que hacen de no tener memoria, quince ó diez y seis grandes cruces, seis ó siete títulos de Castilla y unas cuantas carreras improvisadas? ¿Te parece que estamos tan sobrados de honor, de sentimiento del deber y de disciplina militar, que era necesario no solo hacer ese público alarde de rebelion, sino que el buen efecto exigia además que saliese vestido con diez y siete entorchados?

Desengáñate, ciudadano, en vano es que arrojes sobre todas esas cosas los perfumes del estilo y las flores de la retórica; el país, á imitacion del ingenioso hidalgo, no puede escusarse de ir al socorro de sus narices, apretándolas entre los dedos y de esclamar con tono algo gangoso: *Eso huele y no á ambar*.

Y eso que los reaccionarios, entre otras mil manías, tenemos la de creer que el verdadero patriotismo debe saber callar; tú eres sin embargo harto avisado para dejar de comprender que al hacer la enumeracion anterior he pasado por el asunto como quien pasa sobre ascuas, dejando de propósito en el tintero cosas harto negras.

Pero echando á un lado libros de caballerías consideremos el acto bajo su aspecto político, y permíteme un poco de narracion retrospectiva.

Sabido es por todo el mundo, que eso que se llama partido progresista, habia declarado hace tiempo la guerra á la dinastía, *obstáculo tradicional* que, en su juicio, le cerraba el paso al poder. Esta idea era como todas las suyas, torcida é insuflada en su crédula mollera por uno de sus jefes, personaje á todas luces curioso, pero cuya manía más saliente con-

siste en que no gusta de contemplar, sino desde el extranjero, las situaciones que él contribuye á crear en la Península.

Tus amigos, que en tanto que mandaban eran leales y monárquicos, en cuanto caian del poder se sentian tambien atacados de la enfermedad antidinástica. La Union liberal es buena, pero débil de estómago, y la reina no tenia bastante presente que en ciertos temperamentos la abstinencia, siquiera sea de corta duracion, produce flaquezas.

Por otra parte en una y otra banderia reinaba cierta confusion de ideas, cierta ubicuidad de principios que se prestaba maravillosamente á una avenencia en el terreno de las doctrinas, y mucho más si estas venian, aunque por opuestos caminos, á confluir en una aspiracion comun: la de apoderarse del mando.

Claro es que todo esto tenia que parar en una coalicion, en la que entraron *velis nolis* los demócratas, gente maravillosamente apta para soliviantar las pasiones populares, pero que como los progresistas, habia llegado ya á comprender que sin el auxilio de la Union liberal no era posible armar la *gorda*.

La *gorda* se armó, tú sabes cómo; pero aquí de la sorpresa de la Union al ver que ella sola hizo el gasto de la fiesta, y que el elemento popular, que tanto escupia por el colmillo, no hizo su aparicion en ninguna parte hasta el dia siguiente. Lo mismo en Sevilla que en Cádiz y en Madrid, el nuevo derecho militar se adelantó á la barricada, y por primera vez progresistas y demócratas pudieron tomar posesion de los puestos de verduras sin el auxilio de su tradicional artefacto. Y es más que seguro que la *gorda* habria aún tenido que buscar como otras veces un refugio detrás del Pirineo, sin la decisiva intervencion del dios *Pan*, que agradecido al ardiente culto que ya comenzaba á darle la nueva situacion, precipitó la catástrofe, apareciendo súbitamente por medio de una de sus famosas marchas nocturnas en las pacíficas playas de San Sebastian.

Te hago este recuerdo para que comprendas que este retraimiento de casi todas las clases sociales, esta ausencia completa de toda iniciativa popular, era una manifestacion tácita, pero elocuente, del recelo y de la antipatía que inspiraba vuestra bandera.

¿Qué contestaban, en efecto, poco ántes del movimiento, las personas ménos apegadas á la dinastía, siempre que se trataba de la temible eventualidad de un trono vacante?

La monarquía, decían, es la única liga que mantiene todavía unidos los diversos miembros de nuestro organismo político y social: á ella y al catolicismo debe España su preponderancia pasada, y el existir hoy todavía como Nación: destruido ese principio, caeremos infaliblemente en la abyeccion mejicana, y no habrá dique que nos salve de la anarquía y del caos.

Deplorable es que esta objecion, inspirada por el patriotismo y el sentido comun, no haya hecho mella precisamente en aquellos que hubieran debido acatarla por indeclinable obligacion, aunque hubiera sido especiosa y completamente infundada.

Verdad es que al descargar ese tremendo golpe sobre la monarquía, todavía pretendiais hacerlo impulsados por el noble deseo de restablecer su mancillado prestigio. Vuestra manera de defender la monarquía me recuerda á aquel abogado que decia señalando á un reo á quien llevaban á la horca: «A ese le he defendido yo.»

Habeis tratado igualmente de presentaros ante el país como vengadores de la ley fundamental que suponiais sistemáticamente hollada por la corona. ¡Pobre ley fundamental! ¡pobre papel mojado! ¿Sabes tú, ciudadano, si los firmantes del manifiesto la han leído alguna vez? No te escandalice mi observacion: haz la prueba de preguntar de repente á cuantos españoles encuentres, cuál es la constitucion que nos rige; y veras en qué grave aprieto pones á la mayor parte de ellos. Dios

es el único poder constituyente: ninguna asamblea puede variar la constitucion intrínseca de un país, del mismo modo que ningun médico puede variar ni la constitucion ni el temperamento de un hombre.

Pero, dejando aparte las consideraciones á que este fenómeno se presta, ¿habeis tratado de probar, ni con un solo hecho, la supuesta infraccion del pacto fundamental por la corona? ¿Por qué no confesais de una vez, que lo que no podeis perdonar á la corona, es que no haya hecho uso constantemente en beneficio vuestro de la prerogativa constitucional de elegir libremente sus ministros?

Y por otra parte, si tan grande era vuestro amor á la constitucion, ¿por qué la habeis derogado? ¿por qué la habeis sometido, en union con la monarquía, á un consejo de guerra de ocho generales, siguiendo un procedimiento exclusivamente mejicano? ¿Quién os ha investido de la exorbitante facultad de echar por tierra todas las instituciones del país, sin tener siquiera para cohonestar vuestro proceder, bajo el punto de vista revolucionario, ni el precedente de un miserable motin? ¿Por qué pateais de rabia al ver que la masa *inconsciente* modifica ahora con el trabuco el programa que le habeis presentado con la punta de la espada?

A ejemplo de las gallinas de la fábula, en vano tratais ahora de disciplinar los frutos de rebelion que brotaron al calor de vuestras entrañas!

Tales son, ciudadano ministro, los comentarios con que el sentido comun responde al grito de ¡*Viva España con honra!* que termina tu manifiesto.

Veamos ahora, siquiera no sea más que desflorando el asunto, de qué manera han contestado los sucesos.

Como inmediato fenómeno de repercusion, los cañones de la escuadra, asestados contra los peruanos y los filibusteros, se vuelven de repente contra la madre patria y empiezan á recorrer nuestras costas amenazando el bombardeo. ¡Envidia

el buen rato de los ingleses que presenciaron el espectáculo desde Gibraltar!

El eco en las ciudades y en los campos produce efectos diversos: en las primeras hace brotar, como por encanto, turbas famélicas, que, armadas de fusil, disparan á quemaropa sobre los ayuntamientos y los vecinos pudientes esta agradable disyuntiva—*El salario ó la vida!* En los campos difunde rápidamente la enseñanza de la historia romana y los braceros comienzan á aplicar por métodos expeditivos la *ley agraria*. El socialismo y el comunismo quedan planteados: lo exigía la honra de España.

Repercuta el sagrado *viva* en las regiones de la enseñanza: los colegios católicos, donde centenares de niños recibían una educación religiosa por la libre elección de sus padres, se cierran violentamente, abriéndose al mismo tiempo, por un movimiento de báscula irresistible, cátedras obligatorias y oficiales donde se enseña el ateísmo en sus diversos grados. La *historiofajía* hace rápidos progresos dentro y fuera de las Universidades. La medicina declara que no encuentra el alma en ningún cadáver y se refunde en la veterinaria. Al ejército atacado de *reumatismo* se le propina un curso de ordenanza militar, pero algunos generales se habían comido la obra de texto. Alcanzan mejor fortuna algunas escuelas libres: un profesor romero, lleno de ciencia peregrina, abre un curso de *logia* y demuestra en varios decretos que el derecho de propiedad no puede gastar hábitos. La *Iberia* dá lecciones diarias de *paleografía*. A la ciencia *infusa* sucede la ciencia *confusa*. La ignorancia recibe grado de doctora y los maestros se convierten en educandos. Todo se subvierte... menos la honra que es siempre la del manifiesto de Cádiz.

Obedeciendo á un impulso uniforme y espontáneo, al oír el grito salvador todo el que tiene un fusil se arroja con valeroso denuedo sobre el primer empleado que encuentra á mano y lo reemplaza lleno de patriotismo. Los que se presentan ar-

mados de plumas de ganso obtienen los puestos mejor retribuidos. Las embajadas, legaciones y consulados corren la misma suerte. Verdad es que *no estando reconocido* el actual desórden de cosas, los nuevos titulares no sirven allí para nada; pero á la *honra* de España interesa que los extranjeros vean que pagamos pingües sueldos á los patriotas por estarse mano sobre mano. El que lo tiene lo gasta.

¡Y vaya si lo tenemos!—Sostenian los pícaros moderados que los gastos eran muy superiores á los ingresos.—¡Ignorancia de la ciencia económica!—grita la nueva situacion, y para demostrar que no es valor lo que le falta, suprime los ingresos y aumenta considerablemente los gastos. Pero los patriotas que en cuestiones de estómago no gustan de la ciencia nueva, le dicen al oído.—Y la paga?—Bah!—responde la situacion—para tres ó cuatro meses que hemos de vivir tenemos el recurso de hipotecar nuestra unidad religiosa y de meter miedo á los capitalistas. Venga despues el diluvio. Capitalistas, la honra de España exige que me deis dos mil millones.—Pero señor,—¿de donde sacamos tanto dinero? ¿por qué no disminuís los gastos?—Pícaros! tunantes! reaccionarios! —Palo, palo, palo, grita un periódico—Eso es porque no incendiamos... dice otro.—Eso es porque no arrojamus por el balcón—esclama un tercero—Que la vamos á armar—rugen los jornaleros. Cuatro cientos millones de reales se dejan seducir por estos halagos y entran en las arcas del Tesoro á la desbandada y balbuceando despavoridos:—¡Viva la libertad! ¡Viva la *honra* de España!

La moralidad y el pudor no podian dejar de lanzarse en los nuevos caminos trazados por la civilizadora bandera. *No queremos que se ruboricen nuestras esposas y nuestras hijas*, dice el manifiesto de Cádiz y como por encanto aparece en Madrid la gran Duquesa de Gerolstein á servir de último figurin del nuevo pudor. El periodismo secunda el movimiento y alterna sus ataques contra toda religion con cuentos y chis-

tes, dignos del Aretino, y en los mostradores de las tiendas aparecen estampas y fotografías que en otros tiempos no se hubieran tolerado en ningún presidio. Los padres de familia tienen que llevar á sus hijas por medio del arroyo á fin de que estas no se ruboricen con menoscabo de la obediencia que se debe al manifiesto de Cádiz.

Rebajada la orgullosa altura de los caracteres, convenia reducir al nivel democrático las instituciones. Ya se habia convertido la escuadra nacional en escuadra de Topete, y la Hacienda del país en merienda de conspiradores; pero era preciso completar la obra, haciendo del ejército español el ejército de Prim. Esto ofrecia sus dificultades. Observábase desde hacía algun tiempo en las clases militares un movimiento de *reaccion* en favor de los principios estrechos del honor militar que infundia pavor en los corazones libres. Pretendian dichas clases que no sólo de grados y empleos vive el oficial, y que medir el prestigio de una corporacion por los bordados, era tanto como poner en la cúspide de la gerarquía social á los lacayos. Añadian con punible cinismo, que valia mucho más ser teniente francés que general mejicano, y á los alhagos y promesas de los empresarios de motines, contestaban encerrándose en esta fórmula iliberal.—«¡Ni genízaros, ni pretorianos!»—El peligro era grave; pero la union liberal, gran desfacedora de lealtades, se encargó de hacer entrar al ejército en los modernos trotes de la andante baratería. Contaba para esto con una calamidad indígena. Cada país tiene las suyas. Los Estados-Unidos tienen el mormonismo, Suiza el cretinismo, Inglaterra el pauperismo: España tiene el *generalismo*, y este punto de contacto con la patria de Motezuma fué el hilo de Ariadna que ayudó á la sublevacion á salir del recinto blindado de las *naves de Topete*, donde con heroico valor se habia encerrado, para espaciarse libremente por la Península. Los tratos y contratos, que para orillar el negocio se celebraron en la ciudad del señor Monipodio, die-

ron en su tiempo mucho que contar. Generales con mando, por medio de zurdas maniobras, obligaron á las tropas á pisotear la ordenanza por no faltar á la disciplina, y en Alcolea se dió el singular espectáculo de una monarquía derribada al grito de *viva la reina*. Cundian, sin embargo, pavorosos rumores: decíase que el ejército había hecho el pronunciamiento sin pronunciarse, y que no aceptaba la ignominia que habian echado sobre él algunos generales; pero para [empa- chos de *honra* no hay método como el *método Prim*.—Sublevados de Enero y Junio, compañeros de bromas y corridas, ahí teneis dos, tres, cuatro empleos en nombre de la libertad: la ancianidad, el mérito y la disciplina, son la hipoteca que responde de los compromisos personales del general Prim. Además, para festejar vuestra nueva posicion os regalo (yo soy muy generoso) dos ó tres años de la paga del mayor empleo. Acates, ahí tienes cinco mil duros de un golpe: Vindex, ahí tienes cuatro mil: Andrisco, recibe tres mil.... y así sucesivamente. No os pongais colorados: ya veis que los contribuyentes no se ponen pálidos. Son buena gente, y ya saben que para eso están: para pagar las deudas de gratitud del general Prim. Oficiales que no os habeis pronunciado, ahí teneis dos grados en nombre de la disciplina. Yo tengo flaco por los leales. Mirad si no como luce sobre el cuerpo que se ha pronunciado siempre *el uniforme del cuerpo que no se ha pronunciado nunca*. ¿Quereis hacer renuncia? no la admito. Aquí todos somos fieles, honrados y valientes. El resello es obligatorio: os lo impongo en nombre de la ordenanza militar. El que no lo quiera así, que se retire. Teneis que ser ó *primistas* ó *primos*.—Lo que fué ejército alarga la mano y baja la cabeza, y no pudiendo casar la antigua *honra* con los modernos grados echa pelillos al olvido y apechuga con la *honra* de Cádiz que no se para en ninguno.

Pero no en vano se hace una revolucion radical. El *diccionario de la lengua*, resultado de la ignorancia y la rutina,

venia á ser el código de la reaccion, y era preciso reformarlo con arreglo á los adelantos filantropológicos de la moral nueva. Tiempo hacia que se observaba, con escándalo, que el *acto de privar á alguno de lo que goza y tiene, ó desposeerle de ello con violencia*, continuaba definiéndose en el diccionario por medio de un verbo antiliberal en vez del de *desamortizar*, admitido por todas las escuelas modernas. Del mismo modo le veíamos ahora definir, *verbi gratia*, con el nombre de *traicion*, la *falta de fidelidad y lealtad debida al Soberano, á la patria ó á la confianza de algun amigo*, siendo así, que ningun lector de periódicos ignora que eso se llama *patriotismo*: llamar *perjurio* á la *falta de fé ofrecida con juramento*, cuando por recientes descubrimientos se sabe que su verdadero nombre es *lealtad*: dar el nombre de *abuso de confianza* á la *violacion ó mal uso que uno hace de la confianza que se ha puesto en él*, cuando nadie ignora hoy que á eso se le llama *iniciativa patriótica*: apellidar *despilfarro*, al *desbarato ó gasto excesivo* cuando se sabe de buena tinta que eso se llama *economías*; con otras mil tergiversaciones de este jaez que era urgente rectificar. Las ideas grandes y atrevidas se hacen pronto lugar: aún resonaban las salvas conque Madrid festejaba el manifiesto de Cádiz, y ya la *Gaceta* oficial de la nueva situacion, secundando la osada iniciativa, probaba como dos y dos son cuatro que lo que el honrado y bizarro general Pezuela hacia en Barcelona, manteniendo sus tropas y todo el Principado en los severos límites de la obediencia y de la fidelidad, se llamaba, con arreglo á los últimos descubrimientos, *faltar á sus más sagrados deberes*. La nueva logomaquia se propaga rápidamente; las palabras se insurreccionan adquiriendo significaciones peregrinas y llenas de novedad, y sobre las ruinas del antiguo *diccionario* comienza á levantarse otro que puede llevar este título: *Vocabulario de la torre de Babel* ó sease *Diccionario de la lengua castellana vuelta del revés*. No era posible de otro modo ajustar á nuestro

talle el nuevo modelo de *honra* que nos llegaba de Cádiz.

No bastaban, sin embargo, á satisfacer nuestro legítimo orgullo tantas y tantas felicidades. Era preciso levantar la altivez española y mostrar al mundo de lo que es capaz la patria de Riego, del sargento García, Pucheta y otros insignes patriotas. Derribada la monarquía, era urgente rehabilitarla á los ojos de Europa. Con este objeto, algunos de los ministros, aprovechando la perentoria necesidad que tenia el señor Olózaga de cambiar de aires, introducen la corona de España en su saco de noche, á fin de que se la ofrezca al primer príncipe desacomodado que quiera hacernos el honor de encargarse de ella. Olózaga la pasea de corte en corte; pero los príncipes, mirando de reojo al orondo comisionista, y considerando la singularidad del procedimiento, sospechan que la joya no es de legítima procedencia, y declinan la *honra* con que se les brinda. Soliviantada con este peligroso ejemplo la vanidad del cándido propietario de *La Correspondencia* y creyendo que es tan fácil allegar sufragios como piezas de á dos cuartos, se constituye á su vez en campeón y apoderado del duque de Montpensier, y hace alternar las alabanzas de su candidato con la excelencia de las mantecadas de Astorga, al respaldo ¡profética coincidencia! de las esquelas de difuntos que tan agradablemente tapizan la última plana de su pintoresco diario. Se propaga el contagio: á un historiador de la *guerra civil* se le suben tambien á la cabeza los humos de restaurador, y apoderándose del anciano vencedor de Lucena dá á la nacion el espectáculo de un inválido presentado por un simple. De este modo, la voz de España, que nuestros mayores en circunstancias análogas hacian resonar por órgano de sus Prelados, ricos hombres y procuradores de villas y ciudades, pasa ahora de Olózaga á Santana y de Santana á Pirala como elocuente muestra de la prodigiosa altura á que ha subido nuestra *honra* desde Setiembre acá. *Sic itur ad astra.*

Finalmente, el grito de ¡viva *España con honra!* atraviesa el Atlántico, llega á nuestras colonias, y sin perder tiempo, el cable submarino nos lo devuelve traducido del siguiente modo: ¡Viva la independencia! ¡Muera *España!*

Hé aquí, ciudadano, algunos, nada más que algunos, de los inmediatos resultados del programa de Cádiz, precoz eflorescencia de una simiente fecunda, tiernos retoños de algunas horas ó cuando más de algunos días. De lo que esa *semilla de virtud* promete para lo futuro, ejemplos recientes tienes. Aun no habían pasado tres meses y en ese mismo Cádiz,

«allí debía
primero retoñar»

brotó un hijo robusto, que al grito de ¡viva la *república federal!* reclamó para sí toda la herencia paterna.

Las gallardas muestras de vitalidad con que salió á luz el nuevo engendro, os obligaron á tratar del asunto en familia y tuvisteis por buen acuerdo el perdonar esta calaverada juvenil, que abre tan risueños horizontes á las pacíficas comarcas andaluzas. Cádiz asombrado exhala por los agujeros de sus acribillados edificios la consabida endecha:

«Ya me comen, ya me comen
Por do más pecado había.»

pagando personalmente el crecido tributo impuesto á su glorioso título de *Cuna de nuestras libertades*.

El segundo retoño brotó en Málaga. Como el de Cádiz ha atestiguado su pujanza con unos cuantos centenares de cadáveres, notas explicativas del programa de Cádiz, escritas con tinta encarnada.

No hubiera estado de más que ántes de apelar á la lógica de los fusiles, tus compañeros Sagasta y Ruiz Zorrilla, para

quienes la discusion es la *Revalenta* de todos los males, hubieran ido á ensayar personalmente con los sublevados la irresistible lógica que campea en todos sus preámbulos; aunque por otro lado no se me oculta que es más importante emborronar la *Gaceta* que evitar que los ciudadanos se degüellen por tomar al pié de la letra sus disposiciones.

Que dada la diversidad de ángulos faciales con que Dios ha dotado al humano linaje, diversidad que va desde el recto hasta el obtuso, como si digéramos, desde Platon hasta el negro Carabali, haya ministros que duerman con la tranquilidad del justo, despues de haber regalado á su país la libertad ilimitada de asociacion, de reunion, de prensa, de enseñanza, *et sic de ceteris*, se concibe, aunque no sin trabajo. Pero lo que es inexplicable, es que los administrados se empeñen en morir, sólo por el capricho de hacer la oposicion al *decretario* de tan *distinguidos hombres públicos*.

La vieja sindéresis de nuestros mayores encontraba fácil solucion á todos estos problemas. Para ellos las ideas eran una fuerza explosiva, y por lo tanto dañosa cuando no se la encerraba en ciertos límites. Eran (y no te escandalice la vulgaridad del símil) como el gas que para que alumbre y no haga explosion, se necesita hacerlo pasar por tubos de un diámetro determinado y graduar su fuerza por medio de llaves y válvulas de seguridad. ¿Qué dirias, por ejemplo, á un portero que entrase mañana en tu despacho á anunciarte, con aire triunfante, que habia abierto todas las llaves *del establecimiento* con objeto de hacer al *gas libre*?

—¡Majadero!—te estoy oyendo replicarle alarmado—¡lo que acabas de hacer libre son la asfixia y el incendio!

Pues aplica el cuento, y sobre todo ten presente y recomendación á tus colegas aquella máxima profunda de un amigo nuestro:

«Con los fusiles no se puede jugar, *porque se cargan.*»

Al llegar aquí, ciudadano ministro, me veo en la necesi-

dad de dejarte: otros cuidados me llaman, aunque bastante ménos graves que los que guarda el fondo de tu cartera ministerial, que Dios nos conserve por un efecto de su milagrosa intervencion.

Al despedirme de tí, permíteme que te diga un secreto y una confianza. El secreto es el siguiente: Por *La Correspondencia*, que todo lo husmea (como que vive de las flaquezas ajenas y de las propias), he sabido que el preámbulo que precede al decreto de convocatoria de Córtes, no es del gobierno, sino de Lorenzana. Como hace tiempo que me encuentro atascado en una de sus frases, me harías un gran servicio rogando con mucho sigilo á tu compañero de Estado que la retire guardándola para otro pronunciamiento. Suponen algunos que es alemana, pero para mí es *caló*. Ya habrás adivinado que aludo á la *legitimidad revolucionaria*, frase que en castellano no puede significar más que la *legitimidad de lo ilegítimo*. Si te entretienes en sacar las consecuencias que se deducen rectamente de ese principio, hazlo por Dios de manera que no te sientan en el Saladero ni en el presidio modelo.

En cambio puedes darle mi parabien por su acierto en la eleccion de Posada Herrera para representante diplomático de España cerca del Padre Santo. Nada, en efecto, más agudo y epigramático que mandar á la córte del *non posumus* un hombre *que lo puede todo*.

En confianza te diré ¡oh, Adelardo! que nunca mucho costó poco, y que ántes de acariciar la ambiciosa idea de fundar nada ménos que una nueva dinastía, debiste desconfiar de la misma facilidad de los medios que para tan magna empresa se ponian á tus alcances; reflexionando ademas, que la ruina de unas cuantas conciencias es cimiento movedizo que tantas veces se hunde, cuantas se intenta fundar algo sobre él. Que lo que necesita nuestra corrompida y trabajada sociedad no son lecciones de rebeldía y de soberbia, no espectáculos de pueril destruccion, no sangrientos é irreflexivos ensayos so-

bre las entrañas vivas de la patria; sino ejemplos de severa virtud, de varonil abnegacion, de modesto patriotismo. *Por estas asperezas* caminan los pueblos á su bienestar y grandeza. Revestirlos de irrisoria púrpura y embriagarlos de libertad para escalar sobre sus espaldas los honores y la fortuna, obra es de vulgares ambiciosos, no de ánimos generosos y levantados.

En vano se propina al pueblo la libertad en decretos: la libertad es siempre un resultado de la armonía de las fuerzas sociales, y cuando corre desenfrenada por las calles, es una señal evidente de que falta en los hogares pacíficos y se encuentra cohibida la de los hombres honrados. El sentimiento de libertad es innato en el hombre: escitarle de continuo es provocar el abuso y del abuso se vá á la corrupcion y de la corrupcion á la servidumbre. Temo que nos hallemos en la tercera etapa.

Por el contrario, predicar á un pueblo la virtud y el deber, es andar las tres cuartas partes del camino para hacerle libre.

Concluyo, rogándote que no caigas en la tentacion de dar una vuelta por aquella famosa celda donde tan sabrosos ratos pasaste durante el bienio: el Ayala de entónces está seriamente incomodado contigo, y os espondriais á tener un disgusto.



CONCLUSION.

Que es indispensable, y sobre indispensable urgente, salir del estado de interinidad en que nos hallamos, está en la conciencia de todo el mundo. Que el medio que naturalmente se ofrece como preliminar indispensable para la obra de restauracion que el país necesita, es restablecer la monarquía, no necesita demostrarse tampoco.

Pero entiéndase bien, que esta monarquía ha de ser la monarquía española con todos los atributos y accidentes que le son propios y con los cuales ha vivido hasta aquí. La opinion de la mayoría monárquica del país en este delicado asunto, ha sido explicita desde el primer dia. Antes que una monarquía postiza, la república.

Los monárquicos se hacen el siguiente raciocinio:

—Ni el gobierno provisional ni ninguna de las agrupaciones dominantes, pueden darnos la monarquía legítima: ayudarlos á que nos den un rey de pega y transitorio como su dominacion, es contribuir á enflaquecer la institucion que tiene que ser, á la postre, nuestra áncora de salvacion. Además, como quiera que no es posible que los diferentes intereses que están en pugna en su seno, puedan fundirse en una designacion comun y aceptada por todos ellos, resultará siempre que lo mismo el candidato A que el candidato B producirá escisiones y conflictos cuyas consecuencias soportaremos, sin tener ellos más que un interés remoto é indirecto. En cambio un ensayo de la forma republicana, no será ni más ni menos que una prolongacion forzosamente breve de la situacion presente, y su éxito desgraciado redundará únicamente en menoscabo de una institucion exótica, y á la cual no nos liga ningun gé-

nero de interés, ni inmediato ni remoto. Por hartas ignominias ha pasado España, y ántes que un trono de farsa, amasado por la corrupcion y el deshonor, preferimos una solucion radical que, sobre estar en la lógica de la situacion, costará probablemente ménos sangre y producirá ménos lodo. Ni la religion, ni el órden, ni la monarquia, tienen nada que esperar de los setembristas: organicémonos, en tanto que ellos ventilan sus criminales contiendas, no para servirnos de la sospechosa alianza de alguna de sus banderías, sino para dar á todas ellas, en su hora y en su dia, la batalla definitiva. Tiempo es ya de que acabe la confusion de que se aprovechan exclusivamente las ambiciones audaces: lo supremo de las circunstancias sirvanos al ménos para desinfectar la atmósfera de los miasmas de *Union liberal* que la vician y la corrompen. La revolucion no ha producido hasta ahora más que fango é ignominia: dejémosla terminar su evolucion, y saquemos al ménos de ella el único fruto que es capaz de producir, el del escarmiento.

Si no estamos engañados, este es, quizá mal formulado, el móvil á que obedecen los amantes del órden verdadero (que no es sólo el órden material), al preferir la república á una restauracion artificial y prematura.

Pero en el campo de los que podemos hoy designar sin violencia con el nombre de legitimistas, ha surgido el conflicto dinástico que produjo ya siete años de guerra civil: la antigua querella acerca del valor legal de la pragmática de Felipe V y el testamento de Fernando VII vuelve á despertar-se con nuevos brios, y en momentos en que la union es una necesidad suprema las huestes se dividen, agrupándose cada una en torno de su antigua bandera.

Las razones con que unos y otros procuran justificar su actitud pueden formularse así.

Dicen los antiguos vencedores:

—No hay para qué renovar ahora los fundamentos del pleito

dinástico que ya hemos ventilado en los campos de batalla. Aunque os asistiera el mejor derecho, cosa que estamos muy lejos de conceder, la cuestion litigiosa ha sido ya resuelta en favor nuestro por el único tribunal, que en último resorte decide siempre este género de contiendas: por el tribunal de Dios. Nuestra causa, sancionada por la victoria, debe ser hoy tambien la vuestra. Ayudadnos, pues, á restablecer la monarquía y á colocar la corona sobre las sienes de la que es hoy su legítima representante.

Pero á esto replican los vencidos.

—No por cierto: no ha sido la victoria la que ha decidido el pleito, sino la traicion. Pero aún aceptada vuestra hipótesis, en las circunstancias actuales no tiene ya ningun valor. Al abandonar vuestra Reina el territorio español, cuando todavía contaba con medios eficaces de resistencia, hallándose como se hallaba rodeada de poblaciones tranquilas y leales, cuando necesidades de verdadera fuerza mayor no la obligaban, ha ejecutado un acto implícito de abdicacion. Con esto, que podríamos apoyar ademas en razones de otra índole, tenemos lo que basta para demostrar que nos hallamos con una sucesion vacante y en la misma situacion que á la muerte del Rey Fernando VII. No queremos entrar en otro género de consideraciones que harian interminable la disputa entre nosotros; pero no podemos prescindir de manifestaros, que en la guerra civil se ventilaba algo más que una cuestion de herencia y que los principios que vosotros representábais, despues de 35 años de desastrosa prueba, acaban de caer sin crédito y sin honra, precipitando el trono, que, segun vosotros habeis atestiguado en infinitas ocasiones, vivia con ellos y por ellos.

Sin examinar el valor relativo que puedan tener estos y aquellos argumentos, nosotros abstrayéndonos completamente de todo interes de partido, y considerando únicamente la cuestion bajo el punto de vista monárquico y español, tenemos el derecho de decir á unos y á otros:

—Los partidarios de la legitimidad, cualquiera que sea su opinion acerca del punto litigioso que los divide, podrian en rigor, y salves ciertos requisitos, aceptar cualquiera de las dos soluciones que les ofreceis; pero tratad de ponerlos de acuerdo sobre cuál ha de ser, y no intentéis sustituir la anarquía con la guerra civil. Es dudoso que cualquiera de vosotros pueda por sí solo alcanzar la victoria, aún cuando el otro por un milagro de patriotismo, que no es lógico preveer, consienta en dejarle el campo libre; pero es casi seguro que no conseguiréis nada, al ménos sin una lucha sangrienta, si os presentais ambos en el palenque á sostener vuestras pretensiones. En cambio, si os unís en un interes comun y bajo una sola bandera, el éxito no puede ser dudoso. Tratad, pues, de buscar por medio de mútuas concesiones ese programa comun que el país espera de vuestro patriotismo. Ante la necesidad de levantar la institucion que está por el suelo, debe ceder el casuismo jurídico que os divide. En los momentos en que todo buen español se dispone á salir á la defensa de su Dios y su terruño, no es mucho pedirlos que trateis de fundir esas dos legitimidades, para que léjos de ser un elemento más de discordia, sean por el contrario el principal instrumento de una saludable restauracion. Os oigo decir, que no hay medio posible de avenencia, que la actual constitucion de la familia real no permite ninguna combinacion que unos y otros podais aceptar sin deshonor; pero ¿la habeis buscado bien? ¿os habeis despojado al hacerlo, de todo interés egoista, de todo rencor de bandería? Me decís que en todo caso la resolucion no os corresponderia á vosotros sino á los miembros de la familia real directamente interesados en el asunto.

Dos palabras sobre esto.

Nosotros somos monárquicos, pero no cortesanos. En los periodos de decadencia, dos peligros igualmente graves asaltan las moradas de los reyes: la lisonja rastrera de puertas adentro, el insulto y la calumnia corrosiva de puertas afuera.

En medio de estos dos escollos, áun queda campo suficiente al súbdito leal para hacer oír su voz sin traspasar los límites del respeto ni tocar en los de la adulacion.

Hé aquí lo que acerca del delicado asunto con que nos venimos ocupando, nos atreveríamos á decir á los miembros de la familia real proscripta.

La cuestion, tal como se halla hoy planteada, quizá no pueda resolverse sin mútuos sacrificios, inspirados por un patriotismo inteligente. Nuestro país, destrozado por la division, necesita ejemplos de union y de concordia, que serán tanto más eficaces, cuanto procedan de más alto origen. Dios no concede á una familia el privilegio de regir á una Nacion sin imponerle al mismo tiempo deberes equivalentes. Si quereis que nos unamos, si quereis que nos sacrifiquemos en aras del bien comun, dadmos ántes el ejemplo de la union y del sacrificio: procurad arreglar en familia esa diferencia que ha costado ya torrentes de sangre y que es ocasionada á hacerlos derramar mañana. Considerad que esta es una crisis suprema para la monarquía, y así como vuestros antepasados conquistaron el sόlio mostrándose superiores á su generacion en valor y en esfuerzo, así vosotros debeis recobrarlo y manteneros en él por medio de la práctica de todas aquellas altas cualidades, cuya decadencia nos ha traído el estado de anarquía en que nos vemos.

Seguros estamos que este lenguaje no seria inútilmente dirigido á las ilustres personas á quienes atañe principalmente la resolucion de tan gravísimo problema, si ellos pudieran seguir libremente los impulsos de su corazon y las sugerencias de su recta inteligencia. Por desgracia, en circunstancias como las presentes no siempre pueden los príncipes contrariar de frente las pasiones de sus secuaces, y en eso estriba el principal nudo de la presente dificultad.

No abrigamos, pues, grandes esperanzas de que, al ménos por el momento, sean seguidos nuestros leales consejos; pero

como es siempre útil decir la verdad, queremos dejar consignado que, para evitar que la anarquía se haga endémica en España como en Méjico, y tenga suspendida constantemente sobre nuestras cabezas la afrentosa amenaza de una intervencion extranjera, se necesita la union y el esfuerzo de todos los hombres de buena voluntad, y como preliminar indispensable que se transija la cuestion dinástica.

Si la fórmula de Union se busca con verdadero espíritu de patriotismo, estamos seguros de que se encontrará. Venga la iniciativa de donde debe venir. En épocas de lucha y de pasiones, la publicidad esteriliza los pensamientos más fecundos.

La intervencion del elemento carlista, en la gestion política de nuestro país, nos parece hoy más que nunca necesaria. Agenos nosotros á los rencores que suscitó la pasada guerra civil, vemos en este partido la viva encarnacion de la España tradicional, y su inquebrantable fidelidad refrigera nuestro espíritu exacerbado por los miasmas de corrupcion y de vileza de que ha saturado la atmósfera el bajo liberalismo. Pero á causa de esto mismo, sentiríamos, que no apreciando en toda su triste importancia lo supremo y excepcional de la crisis que atravesamos, se dejara arrastrar por engañosas esperanzas y encerrado en un ciego exclusivismo, hiciera imposible, ó por lo ménos problemática, una restauracion conforme á los deseos y aspiraciones de la mayoría conservadora.

Justo será recordarle á este propósito las lecciones de la Historia: en toda guerra de sucesion en que interviene un menor con buen derecho, acaba este casi siempre por triunfar de sus competidores. Ahí están, sin salirnos de la Historia de España, Alfonso VIII, Jaime I, de Aragon, Fernando el Emplazado, Alonso XI y Enrique III, que, á pesar de haber visto disputada su herencia por soberanos vecinos, magnates omnipotentes y tios ambiciosos, vencieron todos los obstáculos, entrando en el goce de la soberanía, aún sin haber llegado á la

mayor edad, amparados por el doble prestigio de la inocencia y del infortunio.

De propósito no hemos dicho nada acerca de las candidaturas reales que corren por España, por no perder el tiempo inútilmente: hay, sin embargo, una, la del duque de Montpensier, acerca de la cual juzgamos oportuno hacer algunas breves observaciones.

Ante todo, conviene hacer constar, que esta candidatura se ha presentado desde un principio y continúa discutiéndose, haciendo caso omiso de la persona de la infanta consorte, que debería ser, sin embargo, el punto objetivo de la controversia.

Tanto mejor: el honor de la familia real de España no pierde nada con que se haya eliminado su nombre de la escabrosa historia secreta de la última rebelion.

Nosotros aceptamos, pues, la cuestion tal como viene planteada.

El duque de Montpensier, ha sido, no es lícito dudarlo, el principal agente de la sublevacion militar que derribó el trono de su cuñada, y esto con el objeto innegable de suplantarla. España entera lo sabe y lo está demostrando el desprecio universal que pesa como una losa de plomo, sobre sus ambiciosas pretensiones.

Pero si su candidatura no es seria con relacion á la opinion del país, lo es por los compromisos que la mantienen viva en el seno mismo del gobierno, por el oro que multiplica sus agentes y porque vivimos en el país de los golpes de mano.

Es evidente que en todo caso esta no seria nunca una solucion definitiva de la presente crisis, sino una de las muchas y volubles fases á que se presta la anarquía que nos trabaja; pero conviene no perder de vista que por más que parezca abandonada, la idea de colocar al duque en el trono, late

siempre en el seno de alguno de los principales elementos de la situacion.

No tenemos necesidad de rechazar al duque de Montpensier: cuanto llevamos dicho es una condenacion esplicita de sus pretensiones. Además, él se rechaza á si mismo. Su última evolucion explicada por la *Correspondencia, competentemente autorizada*, nos basta y nos sobra para demostrar este aserto. ¿Qué viene á decir en resumen el Sr. Santana? Qué el duque no quiere ser rey de las tres cuartas partes de los españoles. Por lo visto tiene todavia bastante buena opinion de su pais adoptivo.

No queremos tampoco examinar su conducta ni medir los puntos de hidalguía y sagacidad de un Príncipe Real, que, ademas de lo que dejamos dicho, declara que el no sacará su limpio acero sino contra los partidarios de su hermana y de la monarquía. Este y los demas actos del duque ellos se alaban, no es menester alaballo.

Pero ocurre decir, y aunque se diga por primera vez no deja por eso de ser evidente, que la descendencia de *Felipe Igualdad* ha perdido el derecho de reinar (1).

Lo mismo que las grandes virtudes los grandes crímenes imprimen abolengo: en la serie de las generaciones hay individuos que á manera de pólipos, concentran sobre sí y absorben toda la sávia del árbol genealógico de su raza.

El patrimonio moral de una ascendencia no puede ni debe

(1) Diez y ocho años reinó Luis Felipe, hijo de Felipe Igualdad: durante su reinado se ha falseado la moral y la historia hasta el punto de publicarse ardientes apologias de Marat, Robespierre y demas verdugos del *Terror*. Ni un solo historiador se atrevió á defender la memoria del monstruo que presidió y fomentó, desde *Palais Royal*, todas las saturnales de la revolucion.

Hé aqui en que términos refiere un escritor, que tengo á la vista, el efecto que produjo en la Convencion su voto, condenando á la guillotina al rey martir:

«Al oir este voto, la Asamblea entera se sintió herida como por

recibirse á beneficio de inventario. Será todo lo cómodo que se quiera poder decir por un lado á los monárquicos.—*Aclamadme por rey, porque soy el descendiente de San Luis*, é insinuar por otro á los republicanos.—*Elegidme presidente por que soy nieto de Felipe el regicida*; pero este sistema no es admisible. El individuo que lleva en la mano derecha un rosario y oculta en la izquierda una ganzúa, pretenderia en vano excusar con el primero el uso de la segunda: la ganzúa anula el rosario, pero el rosario agrava la ganzúa.

Conviene añadir que Luis Felipe y su Benjamin han dado muestras de acordarse más de su padre y abuelo que de San Luis y Carlo-Magno: como aquel, han renegado su procedencia, y siempre que quieran remontarse á su origen se estrellarán en Felipe Igualdad.

Es ademas una gran desgracia para el pretendiente, que España haya tenido ocasion de comparar su conducta con la de otro miembro de la familia real, que, en circunstancias supremas, supo cumplir honradamente con sus deberes de Príncipe, de militar y de caballero... Y no decimos más, porque las bellas acciones tienen su pudor que conviene respetar.

De todo lo cual deducimos que el trono de San Fernando no puede convertirse en el trono de *Antonio Fraternidad*.

rayo. Gritos de asombro y de indignacion se alzaron por todos los ángulos de la sala y del fondo de las tribunas.

¡Oh, qué horror!—¡Oh, qué monstruo!—exclamaban de todas partes.—Sus mismos cómplices se apartaban de él con repugnancia; parecia el único regicida en aquella caverna. Poco faltó para que en odio de tal Juez los demás se maldijeran á sí propios. De este modo hasta en el exceso del crimen se revelaba la conciencia humana. Felipe Igualdad pudo desde aquel dia presentir que no escaparia á una justicia más terrible.»

